



ENTRE FOTOS
apareciste tú

IVAN AROLLE

ENTRE FOTOS APARECISTE TÚ

Autor: Iván Arolle

Primera edición: Marzo, 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Capítulo I

Nos graduamos en la universidad y al poco tiempo, me tocó despedir a Julia, mi mejor amiga que se iba a estudiar un postgrado al exterior. Me sentía un poco triste porque ella se había convertido en más que una amiga, en una hermana que me escuchaba y me comprendía, no como Carmen, ella a pesar de ser mi hermana mayor, me tenía cierta envidia y le molestaba mi presencia.

A donde se iba Julia, no podía tener su móvil porque era una universidad de religiosas ¡Ella no iba a ser monja! Solo se trataba de un internado de estudios superiores donde las clases las impartían las hermanas de Dios.

—Espero que cuando tengas tus días libres, me puedas escribir, Julia ¡Te voy a extrañar mucho, hermanita! —le dije mientras me echaba a llorar sobre su hombro.

—Yo también te voy a extrañar, amiga. Nos vemos en un par de años, pero recuerda que también puedes ir a visitarme. Yo solo podré salir por un par de horas, pero mientras, tú puedes conocer la ciudad —me propuso Julia para que no me sintieras más sola —Estoy segura de que vas a conseguir algunos lugares interesantes para que no te sientas aburrida —me dijo mientras me abrazaba para despedirse.

—Suenas interesante su propuesta, señorita —le dije bromeando —Recuerda que estoy administrando uno de los hoteles de mi padre. Tendría que esperar para dejar todo organizado y poder irme sin dejar pendientes, pero sí, iré a visitarte amiga —le confirmé mientras nos abrazábamos.

Había llegado el momento para que Julia se subiera al avión y mis lágrimas no pudieron contenerse. Mientras hacían un nuevo llamado a todos los pasajeros para que abordaran, veía cómo se estaba alejando Julia y pensaba

en todos los momentos y las travesuras que vivimos juntas. La complicidad siempre nos acompañó, por eso, no dejaba de dolerme su partida.

—Estoy segura de que pronto nos vamos a ver, Lucía ¡Te quiero, amiga! — me dijo mientras se alejaba.

Me quedé unos minutos para ver arribar el avión y luego me subí a mi coche y fui hasta mi casa. A la mañana siguiente, me levanté muy entusiasmada con viajar. Desde que me gradué, no había hecho otra cosa más que trabajar y pensé por un momento, que me iba a hacer bien tomar otros aires, aunque ese viaje fuera por tan solo días.

Llegué a la empresa y me fijé la meta de viajar, al menos dentro de un año y dediqué todo mi esfuerzo en delegar responsabilidades a los gerentes y de esa manera pude ir soltando la carga que gustosamente traía sobre mis hombros desde hace dos años.

Los meses pasaron como un ave, volando por encima de mí sin que me diera cuenta del todo. A pesar de tener poca comunicación con Julia, me llegaban sus e-mails al menos una vez a la semana. Ya había comprado el boleto para mi viaje y aparte de la emoción que me causaba el poder ver nuevamente a mi amiga, sentía una gran alegría por conocer una nueva tierra.

Llegué al aeropuerto como a eso de la tres de la tarde y el frío se hacía presente, pero ya iba preparada para esa temporada y saqué los guantes que traía en mi bolsa.

—¡Taxi, taxi! — Grité al momento que vi que se acercaba un coche.

Apenas se detuvo, subí inmediatamente y dejé que el chofer subiera al maletero, todo mi equipaje.

—¿Hacia dónde se dirige, señorita? — Me preguntó el amable señor.

—Vamos al hotel del centro, por favor — Le pedí y arreglé mi gorro para sentirme un poco más abrigada.

Mi desespero era tal por querer dejar el equipaje en el hotel, que prácticamente no vi la distancia para llegar y en un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos en la entrada.

Me acerqué para tomar mi reservación, mientras los empleados me acercaban el equipaje. Rápidamente subimos todo a la habitación, saqué mi laptop para escribirle a Julia que ya había llegado, aun sabiendo que no lo iba a leer al momento, pero estaba tranquila porque ya teníamos todo organizado y el sábado nos íbamos a encontrar en el café de Lubria.

Dejé todo en la habitación y bajé como una niña, emocionada por salir a conocer la ciudad y ver toda esa cultura de arte de la que me hablaba Julia en sus e-mails. Dejé por un momento mi profesión de administradora y me convertí en la aficionada fotógrafa que fui desde pequeña. Por donde quiera que fuera, tomaba una fotografía para dejar plasmado en bonitos recuerdos al llegar a mi casa.

Apenas era jueves, quedan pocos días para ver a Julia y aprovechaba cada instante en recorrer la ciudad. Para mi suerte, había una exposición de fotos con los sitios más hermosos de la ciudad y aproveché la oportunidad para deleitarme con cada una de las técnicas que había utilizados los fotógrafos.

La arquitectura de las iglesias era una de las que más resaltaban. Hubo una de ellas que me llamó mucho mi atención y me quedé mirándola fijamente hasta que creí por un momento estar dentro de ella, pero una voz me sacó de mi viaje virtual y salté por el asombro.

—Sin duda, ese fotógrafo sí que es realmente bueno. Supo resaltar lo mejor de esa iglesia ¿o no? — Me preguntaron.

Inmediatamente voltéé, un tanto sobresaltada, para mirar de frente a la persona que me estaba hablando. Apenas lo vi, mi mirada se iluminó, como si saliera de mis ojos un rayo de luz tipo flash, que se fijó directamente en su

rostro, al ver a ese hombre.

—Realmente, es un excelente trabajo — Le dije sin dejar de mirar sus ojos.

—¿Lo conoces? — Me preguntó, tratando de buscarme conversación.

—¿A quién? — Le respondí un tanto despistada.

—Al fotógrafo, disculpa por no ser más directo — Me dijo un poco apenado.

—No, no lo conozco. No soy de aquí — Le dije muy seriamente.

—Déjame presentarme ¡Soy Arturo, el autor de estas maravillosas fotografías! — Me dijo, con una sonrisa en la boca.

Me sentí un poco confundida, ese hombre me había embobado con su mirada y con su boca, acababa de destruir mi impresión. Su egocentrismo me había caído un poco mal, pero tan solo era un desconocido y no tenía por qué aguantar estar frente a él.

—Ah, que humilde. Te felicito, espero que tengas mucho éxito en la exposición — Le dije mientras me alejaba a observar las fotografías de otros autores.

Mientras me detuve para tomar una nueva foto, Arturo se acercó a mí e inició nuevamente una conversación.

—¿Eres fotógrafa, también? Lo pregunto porque tu cámara es profesional. Con un modelo como ese fue cuando me inicié en este mundo — Me preguntó mientras señalaba mi cámara —Disculpa si te parecí arrogante, sé que hay otros mejores que yo, pero si yo no me doy ánimos ¿quién más lo haría, cierto? —me dijo, logrando sacarme una sonrisa ante su lógica sinceridad.

—No, solo soy aficionada. Creo que tienes razón, me has enseñado una buena frase. La tendré presente en cada cosa que haga — Le dije.

—Ya sé que me vas a recordar, eso es muy bueno. Te invito a un café y así

hablamos un poco de la exposición — Me propuso con mucha seguridad.

Acepté la invitación y nos fuimos hasta un pequeño café improvisado que habían colocado dentro de la exposición. La conversación de Arturo era muy fluida, me sentía muy interesada en seguir escuchando sobre su técnica porque me nutria mis conocimientos en el área de fotografía.

Arturo sacó un álbum de su mochila y ahí, me mostró una parte de su colección fotográfica, en cada fotografía, estaba plasmado un mismo estilo y eso lo hacía único. Conversamos de cada sitio, bueno de algunos porque con tantas fotos que me mostraba, había una historia. Y así se nos fue pasando el tiempo, en una interesante conversación y cuando nos dimos cuenta, ya la exposición estaba cerrando sus puertas al público porque había llegado el final de la tarde.

—Creo que, si no salimos de aquí, no nos van a querer dejar entrar otra vez — Le dije soltando una carcajada.

Arturo me miro y me correspondió con una sonrisa, mientras rápidamente se levantó y guardó todo.

—Vamos, ya es hora de salir de aquí — Me dijo, al mismo tiempo que me tomaba por el brazo y me llevaba hasta la salida.

—Gracias por haber sido mi guía esta noche, Arturo, fue muy divertido conocer las anécdotas de tus inicios, ojalá muchas personas fueran como tú, que persiguen sus sueños dejarse llevar por el qué dirán, sobre todo nuestras familias — Le dije, recordando mi cobardía al no defender ante mi familia, mi sueño de ser fotógrafa.

—Por tus palabras, creo que hay un sentimiento reprimido dentro de ti, que debes sanar ¿Te parece si nos vemos mañana y me cuentas? — Me propuso una vez más, no me opuse y acepté inmediatamente.

Arturo me acompañó a la entrada del hotel y acordamos vernos en la

exposición antes de despedirnos. Apenas me acosté y por mi mente comenzó un recorrido de mis tiempos de rebeldía, cuando apenas era una chica que iniciaba la universidad, pero que, en mi corazón, anhelaba dedicarme al mundo de la fotografía.

Por eso había estudiado administración, para que mis padres no me hicieran sentir mal por no complacerlos. Al escuchar a Arturo, decir que debemos lograr lo que queremos, me sentí frustrada y con ganas de avanzar y algo dentro de mí me decía que había llegado el momento. Tan solo me planteé la idea de convertirme en fotógrafa todo el tiempo que dure el viaje.

Así, me quedé dormida entre pensamiento y pensamiento y cuando desperté, mis ganas de concretar mi meta, estaba más afianzada.

Me levanté y después del desayuno, me puse mi mejor abrigo y salí con esas ganas a flor de piel. Enfocaba el lente de mi cámara a cada insecto, a cada flor, a cada paisaje que era admirado por mis ojos, hasta llegar nuevamente a la exposición donde había acordado reunirme con Arturo. Apenas nos vimos, sentí que entre los dos había surgido una conexión porque no podía ocultar mi sonrisa nerviosa que solo se presentaba alguien me gustaba.

—Hola, Arturo ¡Vaya, eres muy puntual! — Le dije, mientras nos saludábamos con besos en las mejillas.

—Hola, Lucía ¡Estás preciosa! Qué bueno es verte otra vez. Ven, sentémonos por aquí. Va a comenzar una charla sobre lo monocromático, creo que te va a interesar mucho — Me dijo, mientras me tomaba de la mano y me acercaba hasta el asiento que estaba libre, junto a él.

La charla resultó muy interesante, para ambos que éramos apasionados por el arte fotográfico. Apenas veía la oportunidad, miraba de reojos a Arturo y en ocasiones, podía observar cómo él también me miraba. Era un hombre realmente guapo y su conversación, lo hacía cada vez más interesante.

Cuando avisaron que quedaba poco tiempo para que culminara la charla, pensé en qué podíamos hacer, necesitaba alguna excusa para mantenerlo cerca de mí y de esa manera, poder conocerlo un poco más.

—¿Hay algún parque con flores, cerca de aquí? Me gustaría tomarles fotografía a algunas gladiolas, son mi flor favorita — Le pregunté y aunque trataba de que me acompañara, realmente quería llevarme esas imágenes porque el atractivo principal de los parques en esa ciudad, eran precisamente esas flores.

—Conozco uno que te va a encantar ¿Si quieres, podemos ir al salir de aquí? —me preguntó, como si hubiera leído de mi mente que necesitaba escuchar esa respuesta de él.

—Sería ideal — Le dije sonriendo y mirándolo directamente a sus ojos.

La charla había terminado y nosotros, hicimos un último recorrido, el que había quedado pendiente del día anterior y de ahí nos fuimos caminando hasta el famoso parque de las gladiolas. Mientras caminábamos, Arturo me iba comentando la historia del parque y me parecía fascinante, pero no la historia, porque realmente no la estaba escuchando, solo estaba embelesada con su voz, con su galanura, que me perdí en la magia de lo que estaba sintiendo en ese momento de felicidad para mí.

—¿Y qué te pareció la historia? — Me preguntó, sacándome del mundo virtual al que me había ido por unos minutos.

—¿Ah, la historia? Sí, realmente bonita — Le respondí por salir del paso y no quedar mal —¿Eres de aquí? — Le pregunté, bastante interesada por conocer un poco más de él.

Nos sentamos a hablar un poco sobre nosotros y casualmente éramos de la misma ciudad. Arturo estaba haciendo una especialización en materia fotográfica y eso era lo que mantenía desde hace algunos meses en esa

hermosa metrópoli.

Después de conversar sobre nosotros y conocernos un poco más, nuestra empatía aumentó. Arturo dedicó toda esa tarde a tomarme fotografías en distintas poses, como si yo fuera una de esas modelos que posaban para ese tipo de trabajos artísticos.

Me sentía en mi mejor momento, finalmente, terminé por pedirle que posara para mí y aproveché de tomar una foto de su mejor ángulo que me llevaría a mi casa como un recuerdo de ese grandioso día.

—Me encantaría que conocieras a mi amiga. Vine hasta aquí porque la extrañaba mucho, es como mi hermana. El sábado la veré, más que una amiga es como una hermana para mí — Le dije para continuar la conversación.

—Me hubiera encantado estar aquí para conocerla y así retratarlas a ambas en una fotografía, pero debo ir a una excursión con mis compañeros de clase — Me dijo, muy apenado, como si realmente se sintiera obligado.

Agaché la cabeza porque de verdad quería compartir con Arturo y Julia, pero sus razones eran obvias y no podía intervenir.

—Pero... mañana podemos visitar el lago, así pasamos más tiempo juntos. Realmente, me pareces asombrosa, tu belleza es única, Lucía y quiero verte más — Me dijo, dejándome muy sonrojada.

La confesión de Arturo no me sorprendió del todo, porque su manera de mirarme ya decía que le había gustado, así como él a mí. Quería levantarme y saltar por la emoción, como si fuera una niña a la que le hubieran hecho una promesa, pero debía guardar la compostura y respondí con toda serenidad.

—Sí, me encantaría conocer ese lago, sería una bonita manera de compartir contigo ¿Dónde nos veríamos? — Le pregunté directamente para evitar que se fuera a retractar.

—En la fuente que está junto al muelle, ahí te voy a esperar a las nueve —me dijo mientras caminábamos de regreso al tren.

Como la noche anterior, Arturo me acompañó al hotel y en la despedida, se acercó muy lentamente y me dio un beso muy cerca de los labios que me hizo sentir en las nubes. Subí a la habitación y pedí una cena ligera para no quedarme dormida por tener el estómago tan lleno. Me sentía atontada delante de Arturo que hasta el hambre se me quitaba por completo. En seguida, busqué dentro de mi equipaje y no tenía mucha ropa acorde para la ocasión. No pensaba que se me iba a cruzar un posible amor y no estaba preparada para salir con un hombre. Aun así, conseguí un atuendo que le iba a dejar una buena impresión de mí a Arturo.

Al acostarme, estaba inquieta, soñaba con esa salida y en la despedida que me había dado Arturo con ese beso tan seductor. Casi no pude dormir y apenas sentí el sol que aún estaba frío por el clima de la ciudad, me levanté y sentía muchas mariposas en el estómago que no estaba segura si era por la emoción o por hambre, pero algo raro me estaba ocurriendo.

Después de comer un yogurt, me vestí, y me coloqué mi abrigo para salir al encuentro con Arturo. Al parecer, había llegado muy temprano a la fuente donde me esperaba Arturo, porque él aún no había llegado. Miré mi reloj y era las nueve, tal y como lo habíamos planificado, pero él no aparecía. Esperé un poco más de media hora y nada, pensé en irme y apenas me volteé, Arturo venía hacia mí con un ramo de hermosas gladiolas.

Sentí que me derretía como una mantequilla a pesar de que estábamos en pleno frío. Mi corazón, saltaba de emoción y comenzó a latir muy fuerte. Me sentía agitada, acelerada y comencé a tartamudear, como si apenas estuviera aprendiendo a pronunciar las palabras.

—¡Ar... tu... ro...! — Traté de decirle inmediatamente que lo vi acercarse.

La sonrisa de Arturo me decía muchas cosas, pude pensar al momento que se burlaba de mí al ver que no podía ni pronunciar su nombre por el asombro de las flores, pero también me ponía a pensar que estaba complacido al ver mi cara de emoción.

—Disculpa la demora, Lucía. Me detuve un momento para traerte este presente, las vi e inmediatamente me dijeron que ellas deberían estar entre tus manos — Me dijo muy conmovido.

—Están realmente hermosas — Le dije mientras admiraba su belleza.

—No, se ven realmente hermosas porque tú las iluminas con tu mirada — Me dijo, al mismo tiempo que se acercaba más a mí y me daba un beso aún más cerca de mis labios.

Si por mi mente había algo de duda, ya la había aclarado completamente y no podía negar que Arturo me gustaba, pero de una manera tierna, bonita, real y hasta podía creer que él también sentía lo mismo por mí.

Me sonrojé un poco o mucho, realmente sentía que mi cara se convertía en un tomate rojito como si fuera una adolescente a la que cortejaban por primera vez.

Nos fuimos tomados de la mano por el largo camino del muelle hasta la embarcación que aguardaba por nosotros. A pesar del frío, mi cuerpo estaba ardiendo por el calor que me hacía sentir el amor. Arturo tomó los dos remos toda vez que nos subimos al bote y nos fuimos alejando muy lentamente mientras me iba contando la historia de cómo fue creada la laguna. Así como la corriente del agua, me dejé llevar por sus palabras y cuando pasábamos por un túnel vegetal, Arturo dejó de remar y se acercó hasta donde yo estaba sentada.

—Sabes algo, me gustó mucho conocerte. Siento que eres el mejor premio que me pudo haber dado la exposición de fotografía en mucho tiempo — Me

dijo, mientras me tomaba de las manos y las besaba cálidamente.

Yo, no sabía cómo reaccionar ante sus palabras, pero estaba muy consciente de que quería sentir sus labios junto con los míos y así saborear el dulce placer de sus besos. Sin dejar que respondiera, Arturo me tomó el rostro con sus dos manos y muy delicadamente me besó. En ese instante, cerré mis ojos y podía escuchar el trinar de las aves y el olor de las gladiolas que aromatizaban el ambiente amoroso que estábamos viviendo.

Dos o tres minutos, no pasó más de ahí el juego de labios y unas sonrisas serenas que anunció el placer en nuestras bocas, salió a relucir inmediatamente que acabamos de besarnos.

—Era así, tal cual como lo había imaginado — Me dijo, mientras me acariciaba el rostro.

¿Se lo imaginaba? No podía creer lo que acababa de oír. Sí, Alberto había dicho que se imaginó ese beso, al igual que yo también lo hice y lo mejor es que también deseaba que pasara eso entre nosotros.

—A mí no me pasó igual — Le dije y al ver su cara de desconcierto, continué inmediatamente —Yo también lo imaginé, pero en mi mente, no era tan espectacular como lo fue en este momento, Arturo.

Los dos nos quedamos mirando, como si en verdad estuviéramos viviendo un romance por primera vez.

—Gracias por regalarme tu presencia, Lucía — Me dijo —Aquí me he sentido muy solo y aun me falta mucho para regresar a mi país. Tú, has sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo — Continuó e inmediatamente nos volvimos a besar.

Estaba viviendo un sueño, el lugar era por demás, romántico. Como si fuera una de esas princesas encantadas que acababa de convertirse en humana para encontrarse con su príncipe.

Arturo, tomó su cámara y continuaba fotografiando el lugar y apenas me descuidaba, me tomaba por sorpresa con su flash. Yo, en alguna oportunidad tomaba algunas con mi cámara, pero prefería guardar las imágenes en mi mente y en mi corazón.

Al salir de ahí, nos fuimos a un restaurante muy lujoso y lo primero que pedimos, fue unas copas de vino para calentarnos un poco, mientras conversábamos de nuestra experiencia en el lago y veíamos las fotos en la pantalla de su cámara. Arturo, cada vez que podía, se acercaba lentamente y me besaba mientras yo me encontraba muy distraída. Quería saber más de él, pero las palabras no me salían, solo suspiraba por la emoción.

Después de una hermosa velada, nos fuimos caminando hasta el hotel y moría de ganas por invitarlo a mi habitación, pero lo veía tan correcto, tan caballero que quizás iba a ser un insulto para él el tan solo mencionarlo.

Capítulo II

La despedida de esa noche se convirtió en un silencio, podía jurar que Arturo quería lo mismo que yo y ninguno de los dos se atrevía a proponerlo. Así, que tomé la iniciativa y sin importar si me iba a juzgar, le pedí que subiéramos.

—¿Quieres subir a mi habitación? Sé que debes partir mañana con tus

compañeros de clase, pero puedes irte temprano. Yo me marché el domingo a mi país — Le dije para que comprendiera que necesitábamos estar un tiempo más juntos.

Arturo me miró y no sabía si yo estaba haciendo bien o si había puesto la torta ante semejante propuesta de mi parte.

—Yo, regreso el domingo y así puedo ir a despedirte. Me iré directo al aeropuerto y ahí nos encontramos, pero de igual manera, nos veremos pronto en nuestra ciudad — Me dijo sin darme una respuesta a lo que le había propuesto — Sí, subamos a tu habitación, también tengo esa necesidad de estar a solas contigo — Me tomó de la mano y entramos al elevador que nos llevó a mi habitación.

Apenas entramos, Arturo se posó detrás de mí y puso sus dos manos sobre mis hombros y quitó mi pesado abrigo, pero lo más seductor, fue cuando puso su nariz sobre mi cuello y suspiró al sentir el aroma que aún quedaba de mi perfume sobre mi piel. Me abrazó por la cintura y así me llevó caminando hasta la cama. Sin decir tan solo una palabra, me levantó entre sus brazos y me dejó caer muy suavemente sobre la cama al mismo tiempo que me besaba y me quitaba lentamente la ropa. No pensé nunca en si era una locura lo que me estaba sucediendo en el momento, solo quise explorar el amor a primera vista que nos había ocurrido y algo dentro de mí, me decía que Arturo era el amor de mi vida y no quería dejar pasar esa oportunidad.

Aquella noche, nos hicimos sentir en la intimidad. Nuestros cuerpos se acoplaron, perfectamente y la ternura de Arturo me hacía sentir que no me había equivocado y que era él ese hombre que la vida me había destinado.

Después de haber sentido el placer en la intimidad, Arturo y yo nos abrazamos y nos quedamos profundamente dormidos. En la madrugada, sentí que se levantó, pero el cansancio no me dejó abrir los ojos y apenas pude despertar, ya se había marchado.

Me levanté y me senté en la cama; sin poder evitar la tristeza que me arropaba en el momento, comencé a llorar, pero a mi lado, Arturo había dejado una carta y una tarjeta.

“Lucía,

Me estoy marchando de tu habitación, pero no de tu corazón. Te llevo conmigo, en mi mente y mi cuerpo y solo me alejo porque ya tenía ese compromiso, pero me voy con las ganas de quedarme a tu lado y en tu vida, para siempre.

Te dejo aquí mi tarjeta, con mis datos. Dentro de todas las cosas, nunca nos hablamos de eso. Mañana al regresar, te busco en el aeropuerto para despedirte por un tiempo, porque el verdadero amor se mantiene a pesar de la distancia.

Nos vemos pronto.

Un abrazo y beso.

Arturo.”

Me sentí muy conmovida al leer esa nota tan cargada de sentimientos y la tristeza por su ausencia, se apartó de mí porque nuestra conexión nos iba a mantener muy cerca, así que me levanté de la cama con más ánimo y doble emoción al recordar que iba a ver a mi amiga Julia. Bajé al restaurante del hotel y pedí un succulento desayuno, a diferencia del día anterior, habían regresado mi apetito original.

Cuando vi la hora, ya se acercaba el momento de encontrarme con mi amiga, pero quise enviarle un mensaje a Arturo para decirle que había leído la carta, pero recordé en el instante, que había dejado la tarjeta con sus datos en la cama y no me daba tiempo de subir y pensé que iba a estar bien que le escribiera al regresar.

Me tomé el chocolate caliente de una manera apresurada, que, sin darme

cuenta, quemé un poco mis labios y me fui con ese sabor amargo después de haber sentido los dulces besos de Arturo.

Cuando llegué al café, ahí estaba Julia sentada, con la prensa en la mano para enterarse de las noticias que no le llegaban a aquel internado.

—¡Julia, amiga! — No me pude contener y le grité por la emoción.

Inmediatamente ella se levantó de la mesa y corrió a abrazarme y fue para mí otra gran alegría de este corto viaje.

—¡Qué gusto verte nuevamente, amiga! — Me dijo mientras secaba algunas de las lágrimas que caían de sus ojos —Siento que quiero llorar por la emoción de verte, Lucía — Me abrazó y nos fuimos a sentar.

—Boba, si ya estás llorando — Le dije al mismo tiempo que soltaba una carcajada para romper un poco la tensión — Te extrañé mucho, mi querida Julia.

—Bueno, tienes razón ¡Tonta! Tengo tantas cosas que contarte que siento que estas horas no serán suficientes — Me dijo e inmediatamente pedimos un chocolate caliente para aclimatarnos un poco.

—Yo también tengo mucho que contar, Julia, pero primero tú, sé que debes estar muy ansiosa por ponerme al día con tus clases e investigaciones del postgrado — Le dije, para no interrumpir su momento.

Mientras escuchaba a Julia, la veía tan entusiasmada que no quise interrumpirla para comentarle que había conocido al amor de mi vida y traté de dedicarle toda mi atención apartado un poco mis pensamientos sobre Arturo.

Julia me comentó desde el primer día que llegó al internado y sobre lo duras y largas que habían sido sus clases para su especialidad de neurología, pero me hacía sentir muy orgullosa de ella por toda la dedicación que le estaba dedicando.

—La buena noticia dentro de todas mis horas sin dormir, es que el año entrante, podré mudarme a un piso aquí en la ciudad porque ya estaría haciendo las pasantías en el hospital — Me dijo con mucha alegría.

—¡Qué bueno, amiga mía! Esos son en pocos meses, ya estamos a mediados de año. No podré visitarte porque a duras penas pude sacar estos días para venir a verte, pero ya podremos estar más en contacto — Le dije al saber la buena nueva.

—Bueno, tanto como en contacto no, porque recuerda que estaré de pasantías y en mis tiempos libres, quisiera pasarla también dentro del hospital para poder adelantar e irme a casa muy bien preparada, pero nos seguimos escribiendo, hermana — Me dijo muy conmovida al decirme hermana.

Las dos nos echamos a llorar, pero Julia trató de hacerme ver que no teníamos por qué estar tan tristes, si había ido desde tan lejos para pasar esas horas con ella.

—Me siento tan feliz por ti, Julia. Cuando te graduaste de médica, supe que ibas a ser alguien muy importante y ahora, mírate, casi eres neuróloga — Le dije mientras me levantaba a abrazarla.

—¡Neuróloga y de las mejores! — Me dijo al mismo tiempo que se echaba a reír por la modestia de su parte —Pero tú no te quedas atrás, Lucía, eres muy afortunada. Apenas te graduaste de administración y tu padre te da uno de sus hoteles para que tu gerencia ¡Eres administradora y fotógrafa de corazón! ¡Nada mal, eh! — Me dijo, haciéndome sentir elogiada por sus palabras.

Apenas escuché sus palabras, saqué mi cámara fotográfica y volví a traer a mi mente a Arturo y cuando quise contarle sobre él, Julia se levantó y me pidió que le tomara una fotografía y luego el mesero nos hizo el favor de tomarnos unas sentadas en la mesa.

Las horas pasaron muy rápidamente y no tuve tiempo para contarle a Julia mi

hazaña y hablarle un poco de Arturo, moría de ganas por contarle mi historia, pero no nos dimos un espacio para conversar sobre mí, de igual manera, algo dentro de mí me hacía sentir que mi vida, estaba al lado de ese hombre.

—Bueno, amiga. Nos ha llegado el momento de despedirnos nuevamente. No sabes la falta que me hacía hablar contigo, pero ya te vi y sé que estas muy bien. Ahora, nos vemos pronto en casa, Julia — Le dije, mientras nos abrazábamos frente al hotel donde yo me hospedaba.

—Sí, Lucía. Nos vemos pronto y nada de llorar, mira que ya queda menos tiempo para culminar mi especialidad — Me dijo, al mismo tiempo que secaba mis lágrimas.

Después de una larga despedida, Julia se fue en el taxi que aguarda por ella y yo subí rápidamente hasta mi habitación para buscar la tarjeta que estaba segura y había dejado sobre la cama. Cuando entré, me llevé una sorpresa al darme cuenta de que habían cambiado toda la lencería. Muy calmada, terminé de entrar y busqué con calma porque tenía la esperanza de que se hayan dado cuenta y la tengan puesta en algún lugar para que me dé cuenta. Revisé tanto, que por un momento creí que había desarmado toda la habitación.

Al final, no encontré la tarjeta y entré en desesperación porque yo no le había dado ningún contacto mío a Arturo. Inmediatamente, llamé a la recepción y expuse mi caso para ver si se podía resolver con la ama de llaves del hotel. A los pocos minutos, la señora y el administrador llamaron a mi puerta.

—Buenas noches, señorita, estamos aquí porque usted nos solicitó ayuda, pero no podemos hacer nada más. Seguramente la tarjeta se cayó al piso y fue aspirada, pero por la hora, todas las aspiradoras fueron vaciadas y el camión de la basura se ha llevado todo. Lamentamos no poder ayudarle — Me dijo la señora, bastante apenada.

—Entiendo, no se preocupe — Les dije, mientras cerraba la puerta.

No, no entendía nada, tan solo les había dicho eso para que se marcharan de una vez por todas y así ponerme a llorar como una niña, desconsolada. Pero como si un angelito me pidiera que me tranquilizara, dejé de llorar y la calma volvió al recordar que Arturo me iba a despedir mañana en el aeropuerto.

Pero, hubiera querido escribirle un mensaje y que me llamara a mi móvil para escuchar nuevamente su voz seductora y saber que no era un sueño, esto que estaba viviendo.

Comencé a recoger y empaqué para salir temprano en la mañana y me acosté con un sin sabor en la boca que no me dejó dormir. Desperté con ganas de llorar, pero con la única esperanza de volver a ver a Arturo en el aeropuerto. No desayuné esa mañana, me vestí e inmediatamente bajé con el equipaje para tomar un taxi hasta el aeropuerto y al llegar, bajé rápidamente. A pesar de que había llegado cuatro horas antes, me sentía muy relajada porque pensaba que Arturo también podía llegar antes para compartir esas últimas horas.

Dos horas después, me encontraba aún más nerviosa porque Arturo no llegaba. Me secaba las lágrimas por la impotencia de sentirme culpable al haber perdido esa tarjeta, pero también venían pensamientos maliciosos que me hacían ver que Arturo no iba a venir porque realmente no le interesaba. Una hora más tarde, estaban haciendo el llamado para chequear los boletos y luego para abordar el avión. Y mis esperanzas murieron al mismo tiempo que colocaba un pie en la escalera para subir, aun así, no dejaba de mirar por la ventanilla para ver si él llegaba, aunque fuera tarde para decirme adiós con sus manos, pero eso solo estaba en mi mente, Arturo no llegó.

El vuelo duró casi dos horas, de las que yo no paraba de llorar como si se me hubiese muerto algún familiar. La gente se me quedaba mirando, pero realmente me importaba muy poco porque era a mí la que me habían engañado, por tonta.

Me enamoré en un abrir y cerrar de ojos de un hombre encantador, pero solo Dios sabía si no había sido yo la única mujer a la que él enamorara de esa manera. Llegué con mis ilusiones rotas, sentía mucha vergüenza conmigo misma por haber caído en las redes de un Don Juan, pero ya era demasiado tarde y me sentía perdidamente enamorada de él.

A los pocos días de haberme instalado nuevamente en mi casa, recordé las fotos que me había tomado y por la nostalgia que sentía, necesitaba ver a Arturo, al menos en la fotografía que le había tomado aquella tarde en la exposición. Busqué y busqué dentro del equipaje que no había alcanzado a desempacar y la cámara no estaba. Haciendo un poco de memoria, recordé que aquella mañana cuando llegué al aeropuerto, saqué la cámara de mi bolsa para tenerla a la mano y así, cuando llegara Arturo, pudiera tomar una foto de los dos y así enmarcarla para tenerla al lado de mi cama. Pero, ni la cámara me permitía traer el recuerdo de Arturo hasta mí porque la había dejado abandonada en algún asiento del aeropuerto mientras esperaba por él.

Por donde me metiera, por donde buscara y por donde tratara de encontrar una respuesta, todo se me negaba y así pude entender al menos por el momento, que había fracasado en mi intento de creer en el amor a primera vista.

Dejé que el tiempo transcurriera y comencé a aceptar mi realidad. Me dediqué nuevamente a mi trabajo y con el pasar de los meses conocí a Efraín, en una de esas tantas reuniones de trabajo.

Comencé a tener una relación, nada formal, pero si salíamos y compartíamos con el mismo grupo de amigos. Nada de presentarlo a mis padres, aun no consideraba que había llegado ese día porque dentro de mí, el amor de mi vida había sido Arturo y mantenía esa flecha clavada aun en mi corazón.

Efraín llegó a mi vida cuando yo no creía en el amor, pero con su dulzura y su caballerosidad, había hecho que me olvidara un poco de lo que me había

ocurrido con Arturo y comencé a sentir cosas bonitas por él. Aunque nos quedábamos juntos algunos fines de semana, yo no podía pensar en darle el sí a su siempre propuesta de que seamos novios y en ocasiones, me daba la impresión de que quería pedirme que fuera su esposa, pero aún no me sentía preparada para eso.

En una de esas tardes en las que solíamos ver películas juntos, me llegó un e-mail a mi móvil, era de Julia.

—¡Efraín, me llegó un e-mail de Julia! Voy a leerlo a ver qué me dice mi amiga — Le dije porque entre nosotros dos, no había nada que ocultáramos. Inmediatamente, abrí el e-mail y lo leí en voz alta.

Mientras iba leyendo, en mi cara se reflejaba el asombro ante la maravillosa noticia que me anunciaba Julia. En el e-mail, me notificaba que se había comprometido para casarse. No terminé de leer el mensaje y le marqué a su móvil inmediatamente.

—¡Julia, amiga! ¿Cómo es eso? No me habías dicho nada que tenías novio ¡Estoy feliz por ti! — Le grité como una loca que hasta Efraín se sintió aturdido.

—Mi querida Lucía, no me vayas a matar cuando nos veamos. Quise que fuera sorpresa hasta el último momento, ni siquiera mis padres lo saben, amiga — Me dijo después de una carcajada al atender mi llamada.

—Me sorprendió la noticia, pero me alegra que hayas encontrado al amor de tu vida — Le dije mientras secaba mis lágrimas.

—Gracias, Lucía. Por lo visto, no terminaste de leer el e-mail porque no me preguntaste sobre mi regreso — Me comentó y me dejó aún más intrigada.

—No, ya me conoces, Julia, no terminé de leer ¿Cuándo regresas, amiga? — Le pregunté bastante interesada por saber cuándo volvería a verla.

—Regreso en dos semanas, mi novio ya está allá. Ya he culminado mi

especialización y voy a presentarlo a mi familia y por supuesto, tu eres mi madrina de boda, Lucía — Me dijo bastante emocionada — En un mes será la boda. Desde aquí hemos ido planificando todo. Mi novio no se quiere casar, si es por él nos conocemos un poco más y luego veremos, pero yo sé que es el hombre de mi vida — Me dijo, pero me dejó un poco preocupada porque me hizo sentir que ella había apresurado el matrimonio.

—A veces es mejor conocerse un poco para saber si realmente funciona, pero no voy a negar que también es bueno escuchar a nuestra intuición — Le dije para hacerla sentir bien.

Mientras conversábamos, Efraín escuchaba muy atento y después de una hora que duró mi conversación con Julia, se acercó y me dijo:

—Deberíamos hacer una boda doble, Lucía ¿No te atreves a dar ese paso conmigo?

—Efra — Le dije, como cariñosamente lo llama en la intimidad —Sabes que aún nos estamos conociendo, apenas tenemos poco menos de un año, creo que deberíamos ser cautelosos, un matrimonio no es un juego — Le respondí, haciéndole saber una vez más que no estaba preparada para dar ese paso tan importante en la vida de una persona.

Mi hermana Carmen, estaba enterada de mi relación no formal con Efraín y me decía que le estaba haciendo daño con darle ilusiones, pero siempre terminábamos peleando porque yo mantenía mi posición sobre que éramos personas adultas y todo entre nosotros estaba muy claro.

—Tienes razón, no debo seguir insistiendo con un imposible. Mejor ven y sigamos viendo la película — Me dijo al mismo tiempo que me abrazaba y me llevaba hasta el sofá donde estábamos arropados.

Efraín me daba todo su amor y yo solamente pensaba en el momento en que la vida me pusiera frente a frente con Arturo nuevamente. Con él, si me

hubiera podido imaginar caminando hasta el altar, aunque solo hayan sido días los que compartimos, pero para mí, habían sido suficientes para darme cuenta de que se trataba de amor verdadero, al menos así era de mi parte.

Había mucho por hacer con la llegada de Julia. Nunca pensé que mi amiga se casara antes que yo porque tan solo había tenido un solo novio en toda su vida y a pesar de que teníamos la misma edad, la consideraba como mi hermanita y me sentía feliz y más porque iba a ser su madrina de bodas.

Sentía mucha intriga por conocer a ese hombre que se había robado su corazón y por nada del mundo le iba a permitir que le hiciera daño. No sabía cómo reaccionar, por eso, quise esperar a que llegara el momento preciso de conocerlo y de ahí seguramente estaría segura de lo que le iba a decir.

El quince de abril, ya se cumplían las dos semanas desde que Julia me anunció su retorno al país y ese día, no pude ir a esperarla en el aeropuerto por tener unos compromisos inquebrantables en la empresa, pero Julia sabía que añoraba verla.

Al mediodía, recibí la llamada de Julia para informarme que ya había llegado y al mismo tiempo, me invitaba a casa de sus padres para presentar a su prometido y no me pude contener ante las ganas de gritar, pero la emoción duró muy poco cuando entro mi asistente para notificar que ya había iniciado la reunión y que me estaban esperando.

Me levanté rápidamente y me incorporé a la reunión. Al salir de ahí, comenzó mi duda sobre Efraín. No estaba segura si debía llevarlo a un evento así para que no creyera que teníamos algo formal, por lo que preferí ir sola. Sabía que después me iba a enfrentar con su reproche por no haberlo llevado.

Me fui a mi casa y me cambié para estar acorde a la ocasión. En nuestro círculo social, la presentación de un novio ante la familia era un gran evento y más si se trataba de un prometido. Quise llamar a Efraín y comentarle que

había decidido ir sola, pero pensé en comentarle después, así era nuestra relación y esperaba que no cambiara por un buen tiempo hasta que realmente yo pudiera tomar una decisión sobre el rumbo de nosotros como pareja.

Mi vestido azul era el ideal para esa noche, un poco sensual, pero no le iba a quitar el protagonismo a mi amiga Julia, realmente era su noche y lo menos que quería era sobresalir.

¿El obsequio? ¡Claro! Cómo pude olvidarlo, en esas celebraciones, se le debe llevar un obsequio a la novia, porque es a quien conozco y no había comprado nada. Me subí a mi coche y conduje hasta una floristería que estaba cerca de la casa de Julia y pedí el ramo más hermoso de tulipanes, sus flores favoritas y tomé el rumbo para ir a ver a mi amiga.

Algo dentro de mí me hacía sentir más emocionada de lo normal, aun no podía creer que mi querida amiga se iba a casar tan pronto, en menos de seis meses de relación con su novio, pero solo quería llegar a abrazarla y desearle que fuera muy feliz y sobre todo a ese afortunado hombre, con el que quería decirle que se estaba llevando a una joya de mujer y eso lo debía hacer el hombre más feliz del mundo.

Capítulo III

Estacioné cerca del árbol al que solíamos hacer corazones con nuestros nombres y los encerrábamos con nombres ficticios de ese hombre con el que nos casaríamos algún día, eran unos simples juegos de niñas, pero por curiosidad, me acerqué para leer cual es el nombre que había colocado en aquel entonces.

Casi me pongo a llorar, cuando leí el nombre de Arturo junto al mío. Había olvidado que a mis ocho años ese había sido el nombre del hombre de mi

vida y casi me pongo a llorar al recordar mi fugaz amor con Arturo. Me armé de valentía y borré de mi mente los malos recuerdos.

—¡Buenas noches, señorita Lucía! Bienvenida — Me dijo el mayordomo de la casa de Julia.

—¡Buenas noches, Juan! Gracias. Por favor, que saquen un arreglo floral de mi coche, es para Julia — Le pedí amablemente mientras le entregaba la llave.

Inmediatamente, la familia de Julia me recibió amorosamente, como si fuera un miembro más de su familia, porque eso éramos, una gran familia.

—Toma una copa, Lucía, ya está entrando Julia con su prometido — Me dijo la señora Susana e inmediatamente todos los que estábamos en la sala de la mansión, volteamos para verlos llegar.

Mis manos comenzaron a temblar, tanto que la copa se me deslizó de las manos y se quebró al caer en el piso. Nadie notó mi percance, todos estaban emocionados al ver llegar a Julia con su prometido, pero yo, al verla solo quise morirme en el momento y no por ella, por él.

El novio de Julia era Arturo. Sí, aquel Arturo del que me había enamorado en ese viaje para visitar a Julia. No podía creerlo, mi corazón lloraba internamente y estaba tan afligida, que creí por un momento que me iba a desvanecer.

—¡Bienvenidos! — Gritaron todos al unísono y yo sin poder decir ni una palabra, ni mover ni pie para dar un paso.

Estaba inmóvil, como si le hubieran colocado algún pegamento a la suela de mis zapatos y tan fría, como si estuviera dentro de un congelador. Solo podía mirar y me dolía lo que mis ojos veían.

Después que todos se aglomeraron para saludar a la pareja, como si fueran una miga de pan a la que se les acercaban las hormigas para comer, se abrió

un espacio y me sentí en el medio de un espectáculo que estaba a punto de comenzar.

—¡Amiga, qué bueno verte! — Gritó Julia, mientras abría sus brazos y se acercaba para abrazarme.

Arturo se quedó ahí, frente a mí y delante de toda esa gente que sonreía y no sabía si su asombro era mayor que el mío, pero pude notar cómo su piel se palideció. Cuando Julia me abrazó, comprendí que yo seguía viva al sentir el apretado abrazo y logré reaccionar.

—¡Amiga, felicidades! — Le dije mientras la abrazaba y miraba a Arturo por encima del hombro de Julia.

—¡Ven, Arturo! Quiero que conozcas a la hermana que me regaló la vida, a mi amiga Lucía — Le pidió Julia para que se acercara.

Arturo se acercó, como si realmente no le afectara volver a verme y para más colmo, jugó a que no me conocía y para mí, esa había sido la peor humillación, aunque me doliera aceptarlo, esa había sido la mejor actitud que pudo haber tomado.

—¡Mucho gusto, Lucía! Julia me ha hablado mucho de ti, pero nunca me dijo tu nombre. Gracias por haber venido a compartir con nosotros.

Sentí un gran nudo en la garganta, no podía decirle que también sentía mucho gusto por conocerlo, porque ya lo había conocido y no tenía muy buen recuerdo. Había tantas preguntas por hacerle, que por un momento pensé en gritarle que por qué me había abandonado, porque no quiso saber más de mí y decirle que me sentía burlada y por qué Julia, porque de miles de mujeres, él se iba a casar con mi mejor amiga.

Al mirarlo frente a mí, no podía evitar revivir el sentimiento que tenía guardado en mi corazón ¡Lo amaba! A pesar del resentimiento que me ocasionaba mi fracaso con él, lo amaba y la expresión de su mirada me decía

todo menos de lo que sus labios pronunciaban.

Al ver que Julia me estaba mirando, al igual que todos esperaban que saludara a Arturo, no tuve otra opción que hacerme la desmemoriada y responder a su engaño.

—El gusto es mío, Arturo ¡Te felicito! Te llevas a una gran mujer — Le dije mientras estrechaba su mano e inmediatamente fui a sentarme para no caer en el suelo desmayada.

Pero, Julia creyó que había sido una presentación muy tímida y no conforme con eso, quiso que repitiéramos el saludo, pero con un abrazo.

—¡Así no, Lucía! Somos como hermanas así que Arturo se va a convertir en otro hermano para ti y no olvides que eres nuestra madrina de bodas ¡Ven, amiga y dale un abrazo a Arturo! — Gritó Julia delante de todos.

Volteé para mirarla de frente y con una sonrisa fingida, me acerqué nuevamente a Arturo y lo abracé y aunque traté de contener mis lágrimas, una de ellas se escapó, pero alcancé a quitarla con mi dedo antes de separarme de Arturo.

—Ella tiene razón, ahora pasas a ser mi hermano, como lo es Julia para mí — Le dije mirándolo fijamente a sus ojos.

No sabía lo que pasaba por la mente de Arturo en ese momento, pero su silencio me daba mucho que pensar. Él, también se había sorprendido y no lo podía ocultar, pero yo no sabía cómo continuar y quedarme toda la noche fingiendo que me sentía realmente feliz, cuando lo único que quería era llegar a mi casa y echarme a llorar en mi cama.

—Sí, ahora tengo una hermana. Gracias por tus palabras, Lucía. Realmente la vida nos da y nos quita y hoy me está dando una gran lección de vida a verlas a ustedes tan unidas. Eso sí que es una verdadera amistad — Me dijo bajando su cabeza.

Después que ya la algarabía había pasado, logré aislarme un poco para digerir en la soledad, lo que había pasado. Sentada en el jardín , comencé a llorar bajo la luz de la luna, me sentía desconsolada, hubiera preferido no saber nada más de Arturo, me hubiera conformado con saber que se había casado con una princesa de un mundo muy lejano, pero no podía soportar verlo al lado de mi amiga Julia y sobre todo que se fueran a casar. Estaba devastada, mi corazón estaba roto y no sabía cómo afrontar ser la madrina de la boda de mi mejor amiga y el hombre que yo amaba.

—¿Lucía? — Preguntaba la señora Susana a lo lejos.

Rápidamente, sequé mis lágrimas y traté de ponerme de pie. Necesitaba inventar una excusa para salir de ahí y esa era la única oportunidad de hacerlo sin que Julia me viera de esa manera.

—Sí, soy yo, señora Susana. Estoy muy apenada, me vine aquí porque no tolero la luz, la migraña me tiene muy mal, lo mejor será que me marché y me despide de Julia y de su novio, por favor — Le dije mientras me despedía con un abrazo.

—Pero, Lucía ¿Por qué no le comentas a Julia, ella es médico y te puede recetar, no te parece? — Me preguntó un tanto preocupada.

—Mejor no, señora Susana. Hoy es el día de mi amiga y no seré yo quien lo arruiné. Ya mañana tendremos tiempo de compartir un poco más, ella y yo — Le dije, al mismo tiempo que salía corriendo para subirme a mi coche.

Apenas me subí y manejé dos cuadras, me detuve para secar mis lágrimas que me tenían la vista empañada. Lo menos que quería era preguntarme ¿por qué a mí? Porque estaba muy consciente de que las cosas ocurrían bajo una explicación que, con el tiempo, iba a comprenderla. Me encontraba muy confundida, pero también sabía por experiencia, que los malos momentos no duraban para siempre y eso que estaba sintiendo en el momento, iba a pasar y

me iba a reír de lo que había ocurrido.

Me fui manejando muy lentamente para que no ocurriera algún accidente y mientras iba en la vía, mi móvil no paraba de sonar en llamada entrante, pero no quise cometer una imprudencia y preferí llegar a casa y luego revisar. Cuando estacioné lo saqué de mi bolsa y pude ver que era Julia. Inmediatamente, le regresé la llamada para que no se preocupara, pero como no atendió, le dejé una nota de voz, avisándole que había llegado a casa y me estaba tomando un analgésico.

No tuve fuerzas ni para cambiarme la ropa, me tiré en la cama a llorar y por mi mente solo pasaba el rostro de Arturo y cerraba los ojos y lo veía a él, junto a mí en aquel bote donde me decía que sentía un amor sincero y bonito por mí. Tan solo con imaginar que besara a Julia, me daba una punzada en el estómago, tanto fue, que comencé a vomitar.

Efraín comenzó a llamar a mi móvil e insistía tanto porque no le atendía que tuve que apagar el aparato. Lo menos que quería era conversar con él porque no quería pagar mi rabia, él no se lo merecía.

Entre tanto llanto, me quedé dormida, abrazando a la almohada como si se tratara de su recuerdo que no quería soltar y desperté muy agitada, con los ojos hinchados de tanto llorar y para completar, esa migraña que me había inventado para escapar de la fiesta de Julia se había convertido en verdad.

Llamé a la oficina y le pedí a mi secretaria que cancelara todas mis citas, no tenía ánimos de salir de la casa. Todos se extrañaron al enterarse y recibí más llamadas que un centro de esos donde buscan empleos. Hasta mi hermana Carmen se preocupó, cosa que le agradecía a la vida porque me hacía saber que en realidad me quería ¡Vaya forma de querer! Solo faltaba que me llamara mi madre, pero eso no iba a suceder porque ella prefería ir detrás de mi padre en sus grandes viajes de negocios.

Después de ese análisis existencial con el que me había despertado, no podía faltar la llamada de Efraín todo preocupado por saber qué había sido de mi en la noche porque no le respondí a ninguna de sus llamadas, finalmente, terminé por atender.

—Hola Efra, disculpa que no te haya atendido anoche, pero llegué con un poco de dolor de cabeza de casa de Julia y apagué el móvil muy temprano, pero estoy bien — Le dije para que no me preguntara mucho, aunque sabía que se iba a poner intensa la conversación por no haberlo llevado conmigo.

—¡Ah, fuiste sola! Por un momento llegué a pensar que lo nuestro sí iba en serio, pero como siempre, me equivoqué una vez más contigo. A veces me pregunto ¿Qué hago aun a tu lado? — Me dijo con mucha seriedad —Yo creo que será mejor y nos demos un espacio para ver si realmente llegas a extrañarme y para demostrarme a mí mismo si esto es amor lo que siento por ti, porque voy a terminar pensando que es un capricho — Me dijo y luego permaneció en silencio.

Me dolían un poco las palabras de Efraín, pero tampoco podía mantenerlo a mi lado con una falsa promesa. No lo amaba y tampoco podía amarlo, pero si sentía un cariño profundo por lo caballero y amoroso que había sido conmigo.

—Yo pensé que teníamos las cosas claras en nuestra relación, Efraín. Yo no puedo darte más de lo que te ha dado en todo este tiempo. Yo no quise ilusionarte con que todo cambiaría entre nosotros, solo te dije que nos conociéramos y eso trataba de hacer, pero yo no puedo pedirte que te quedes a mi lado porque mañana todo va a ser diferente, sería una mentira y yo no soy mujer de mentir — Le dije un poco molesta porque él trataba de hacer que me sintiera mal por haber sido sincera en todo este tiempo.

—Sí, quizás tenga razón y aquí, si hay un culpable, ese soy yo por querer cambiar tus sentimientos hacia mí. Discúlpame y no te preocupes que ya no

voy a continuar con esto — Me dijo y no me dio tiempo de despedirme porque cortó la llamada prontamente.

Me senté en la esquina de la cama, con el móvil en mi mano, estaba muy asombrada por la actitud de Efraín. En algún momento, él debía abrir los ojos para darse cuenta de que se estaba equivocando y ya le había llegado ese día.

Al parecer, me había levantado con el pie izquierdo, me dolía mucho lo que acababa de ocurrir con Efraín, pero no debí haberle dado más largas a eso.

Para tratar de olvidar un poco el incidente y mantener mi mente un poco ocupada, me fui hasta la cocina para preparar café, pero ni siquiera iba por la mitad del pasillo cuando escuché mi móvil sonar nuevamente.

Salí corriendo al buscar y ver quién era, y ella, Julia era la que llamaba. No pude resistirme a sentir temor, para mí era muy duro tener que escuchar su historia de novia feliz mientras yo debía ocultar mi dolor. Como no podía borrarle de la faz de la tierra, me vi en la necesidad de contestar la llamada.

—Hola amiga, qué bueno que me atendiste la llamada ¿Cómo te sientes de la migraña? Me quedé un poco preocupada, aunque te confieso que Arturo me hizo olvidar todo con sus besos. Él también se sintió muy mal anoche y tuve que quedarme a su lado, hasta fiebre le dio — Me dijo bastante inquietada.

En mi mente, comenzaron a llegar pensamientos que me hicieron creer que Arturo también se sentía afectado al verme y hasta me preocupó un poco y quedé con ganas de preguntarle cómo estaba él, pero me contuve para no llamar su atención.

—Estoy bien, amiga, aún tengo secuela de dolor de cabeza, pero me estoy mejorando. No fui a trabajar para descansar. Lamento lo de tu novio — Le dije con mucha sinceridad.

—Me contenta, Lucía. Bueno, nos vemos pronto. Mira que tenemos que organizarnos con la boda. Le dije a Arturo que quería que ustedes se hicieran

amigos y le di tu número. En cualquier momento te llama para que salgan y así me colaboras un poco con los detalles de los vestidos, amiga ¡Ah! También tengo algo que contarte — me comentó muy emocionada.

Julia y yo, estuvimos un rato conversando y me parecía absurda la idea de que le había dado mi número a Arturo, pero comprendía lo que trataba de hacer. Después de despedirnos, me quedé pensativa en que Arturo me podía llamar en cualquier momento. Necesitaba contenerme mis ganas de gritarle todo lo que tenía guardado desde aquel día. En mi mente, planificaba ese instante en el que estuviera frente a frente junto a él y me iba a guardar mis sentimientos, esperaba que pudiera endurecer un poco mi corazón y delante él, hacer como si lo que había pasado entre nosotros, no lo recordaba.

Dos horas después de haber desayunado, me metí en la cama para dormir un poco y recuperarme de la mala noche que había pasado, pero el timbre de la puerta me despertó y por la insistencia, me levanté sobresaltada a abrir.

—¡Amiga, pensaste que te dejaría solita con tu malestar! — Gritó Julia, inmediatamente que le abrí la puerta.

Sin darme tiempo a regresarle el saludo, Julia entró y sacó de su maletín unas ampollas y una jeringa. Mientras las preparaba, me iba indicando que me iban a aliviar de mi dolor y evitarían que me regresara. Con eso, no iba a tener excusa para no ayudarla a culminar sus preparativos para la boda.

—Gracias por venir, amiga — Le dije con una sonrisa dibujada a lápiz porque así me sentía, en blanco y negro.

Julia me hizo pasar a la habitación, donde me inyectó el doloroso líquido. Luego me hizo levantar y nos fuimos al balcón. Sentadas las dos, comiendo mis galletas favoritas de naranja con chocolate que me había traído del viaje, me confesaba su gran secreto, ese que me había dicho que tenía que contarme.

—Yo no amo del todo a Arturo, Lucía. Lo que pasa es que él es el hombre perfecto, me representaría a donde quiera que vaya, por eso casi que me pongo a llorar cuando le pedí que se casara conmigo, para que me dijera que sí — Me comento después de una carcajada.

No podía creer lo que mis oídos estaban escuchando. No podía ser posible que Julia se comportara de esa manera, si ella era la más sensata de todas.

—¡Julia, te desconozco; tú no eres así! ¿Cómo es eso que no amas del todo a tu futuro esposo? — Le pregunté con asombro.

—Estoy enamorada de otro hombre, pero mis padres me desheredarían si se llegan a enterar. Él se llama, José y es uno de los profesores de la universidad ¡Imagínate, yo casada con un profesor! ¡Mi madre me mataría! — Me dijo con lágrimas en los ojos.

La reacción de Julia me dejaba desconcertada. Cambiaba del descaro a lo sentimental muy rápidamente. Podría pensar que mi amiga estaba algo desequilibrada emocionalmente y no era para menos después de tantos estudios. Pero, me interesaba conocer un poco más y quise indagar sobre ese amor que sentía por su profesor.

—Pero, Julia, no puedo creer que una mujer como tú, a estas alturas no se atreva a defender un amor ¿Crees que una fortuna, vale más que los años de felicidad que puedes tener con el verdadero amor a tu lado? ¿Crees que serás feliz con Arturo? — Le pregunté, tratando de hacerla entrar en razón.

No podía comprender cómo se habían dado las cosas entre Arturo y Julia para que hayan tomado la decisión de casarse tan pronto, si eran dos personas adultas. Julia me estaba ocultando algo más porque ningún hombre acepta casarse con solo habérselo pedido llorando, así que iba a tratar que Julia se sincerara conmigo.

—Está bien, no me respondas, veo que ya no somos tan amigas como para

que me hayas perdido la confianza — Le dije, manipulando un poco la situación.

—NO se trata de eso, amiga. No te pongas así por favor, tú sabes que yo confío en ti más que en nadie en el mundo, pero me da vergüenza que te enteres — Me dijo y se dio la vuelta, ocultándome su rostro.

—¿Qué sucede? Sabes que no te voy a juzgar, amiga. Confía en mí, por favor — Le dije al verla tan conmovida.

—Amiga, estoy embarazada de José. Apenas me enteré, no supe qué hacer. Arturo desde hace día, estaba por terminar conmigo porque para mí, él ama a otra mujer, eso es algo. que aún no he comprendido — Me dijo mientras yo tapaba mi boca con mis manos para no gritar desesperadamente —Ese día, Arturo y yo nos vimos y él me pidió que nos alejáramos, que ya no podía seguir intentando nada conmigo y no tuve más opciones que mentir y sí, casi le rogué para que se casara conmigo y le dije que estoy embarazada de él y esa fue la única manera de que estuviéramos juntos aquí en la ciudad, como si fuéramos dos enamorados empedernidos y no es así del todo — Continuaba su historia mientras tomaba asiento y se sobresaltaba.

¡Vaya confesión! Lo que estaba oyendo de mi amiga, jamás me lo esperaba por nada en el mundo. A pesar de la rabia que sentía por Arturo, no me parecía justo que le hayan hecho creer que iba a tener un hijo ¿Y Julia? Ella se había convertido en una mujer astuta y frívola que solo estaba pensando en su bienestar sin darse cuenta de que de alguna manera estaba dañando la vida de otra persona y ni Arturo ni ninguna otra persona se merecía un engaño como ese.

—¿Cuándo cambiaste tanto, Julia? ¿En qué momento de tu vida perdiste la cordura? ¿No piensas en ese hijo que estás esperando y José, tampoco piensas en el dolor que le vas a causar? ¿Y Arturo, tampoco crees que él realmente merezca ser feliz? — Le pregunté con mucha rabia.

Julia no pudo aguantar y se echó a llorar desconsoladamente al escuchar mis palabras y yo me sentía como la peor de las amigas al sacarle ese secreto que quizás ella nunca iba a develar por el bien de su hijo.

—¡No lo sé! No sé en qué momento me vi envuelta en esta mentira. Comencé a salir con Arturo cuando me di cuenta de que estaba realmente enamorada de José, pero nunca pude dejarlo y terminé saliendo con los dos — Me dijo e inmediatamente le interrumpí.

—¿Salías con los dos, al mismo tiempo? Entonces ¿cómo estás realmente segura de que el hijo que esperar es de José? — Le pregunté despavorida.

Estaba frente a una mujer mentirosa, que estaba jugando con dos hombres que no merecían tenerla cerca ¿Cuánto había cambiado mi amiga! Pensaba y no podía dejar de sentir tristeza y pena por ver en lo que se había convertido.

Capítulo IV

Ya estaba cansada de escuchar las supuestas razones valederas de Julia. Para mí, no había nada que justificara la injusticia que estaba cometiendo hasta con ella misma. Aun así, me seguía dando la oportunidad de que se

convenciera de su maldad.

—No, no estaba saliendo con los dos. Con Arturo solo estuve una sola vez y fue porque me fui a un bar y ahí lo conocí. Él estaba muy deprimido y aproveché de darle mucho licor para llevármelo a la cama y así maté mi rabia porque había discutido con José, como siempre lo hacíamos porque él me pedía que dejara todo por él. Fui una cobarde, amiga, lo sé. No supe defender nuestro amor y ahora ya no hay nada que hacer — Me dijo, como si se tratara de una novela donde decides que la pareja y vida de un personaje.

—Aún no puedo creer lo que hiciste, Julia. Estas a tiempo de hacer las cosas bien, por ti y por tu hijo — Le dije ya resignada al ver que ella no iba a dar su brazo a torcer ante esa decisión.

—Por favor, guarda este secreto, Lucía. En ti, es en la única persona en quien confío — Me dijo mientras se abrazaba a mí llorando.

Cuando Julia me hizo prometer que no diría nada y me sentí atada de manos. No podía decirle la verdad a Arturo y al final, iba a ver como lo llevaban engañado hasta el altar.

—Me pides algo que va en contra de lo que cualquier persona pueda hacer, así sea por una amiga. No tienes idea de lo difícil que ha sido enterarme de tu verdad, Julia — Le dije mientras comenzaba a llorar sin poder contenerme.

Me dolía mucho volver a perder a Arturo de esa manera. Sí, lo perdería nuevamente y de una manera inesperada. Con razón, al verlo, en su cara no había exactamente la felicidad que se debería tener, ante un evento de esa magnitud.

—Ayúdame, Lucía. Apenas te llame Arturo, sal con él y elige tú los vestidos, yo no tengo cabeza para eso. Quiero casarme antes que se me notara la panza. Solo en ti puedo confiar — Me dijo, dejándome con una gran responsabilidad sobre mis hombros.

—No te preocupes, trataré de dar lo mejor de mí, todo para que tú estés bien. Ahora debes preocuparte por tu salud y por el bienestar de tu bebé — Le dije para tratar de cerrar el tema que ya me estaba afectando mucho más de lo que ella pudiera pensar.

Julia tardó mucho en contarme su historia, pero por nada del mundo me convenció de su razón para mentirle a Arturo y después de esa larga conversación se marchó. Mientras, yo me senté a llorar ¿qué más podría hacer? si tenía que guardarme una verdad que cambiaría la vida de esos dos hombres. Aunque la mía quedaba igual, porque Arturo se había burlado de mí.

La migraña se me había quitado gracias a la inyección que me puso Julia, pero sólo falta una cura para mi corazón, porque se sentía destrozado. Nuevamente me fui a meter en la cama y ya sí sin ánimo de nada, pero una vez más mi móvil comenzó a sonar. Miré la pantalla y no identifiqué el número que estaba entrando, me senté desconcertada en la cama. Inmediatamente contesté y una voz muy particular me lleno de recuerdos.

—¿Con quién habla? — Pregunté aun sabiendo cuál respuesta iba a obtener.

—¡Soy yo, Lucía! Arturo. Como sabes, Julia me dio tu número ¿dime dónde puedo verte? — Respondió sin ningún contratiempo.

—¡Arturo! No pensé escuchar tu voz tan pronto. Julia se acaba de ir y cuando gustes nos podemos ver. Hoy no saldré de mi casa, porque me siento un poco mal, pero en otro momento te puedo atender — Le dije mientras apretaba la almohada para no llorar.

—¿Puedo verte hoy? Debemos conversar sobre muchos temas — Me dijo muy insistente.

—¿Muchos temas? — Le pregunté —¡Supongo que los de la boda, claro! Bueno está bien, nos vemos en el café que está cerca de la casa de Julia ¿te

parece? — le pregunté muy seriamente.

—No, déjame ir a tu casa, por favor — Me dijo rápidamente, como si ya hubiera planificado lo que me iba a decir.

Realmente necesitaba verlo, pero para salir ya de todos esos recuerdos que me tenían agobiada. Ya no soportaba todo lo que me había enterado de Julia. Tenía atragantada toda esa información, ese secreto que no era mío pero que de alguna manera me involucraba y ese duendecito virtual que tenemos todos, me gritaba al oído que le contara todo a Arturo, pero no lo podía hacer. Yo no lo había pedido, pero la vida me daba la oportunidad de salir ese mismo día de todos los malos momentos y le pedía que vinieras.

Me levanté y aunque pude haberme quedado a dormir unos minutos más para quitarme un poco las ojeras, pero en cualquier momento podía soñar mi móvil y nada ganaba con quedarme acostada en la cama.

Me hice una cola en el cabello, me puse unos tenis y una camiseta, pero, sobre todo, traté de tapar un poco la hinchazón de mis ojos y minutos después, llamaron a mi puerta y obviamente sabía que se trataba de Arturo.

Por los nervios de volver a verlo, puse mi mano en la manilla de la puerta y la otra en mi pecho y respiré profundamente, conté hasta tres y actué como si nada.

—Hola, Arturo ¿Como éstas? Bienvenido a mi casa — Le dije muy cordialmente.

Arturo, intento saludarme con un beso en la mejilla, pero me aparté porque no pretendía tener ningún tipo de acercamiento con él, ya que se trataba del novio y prometido de mi mejor amiga.

—¡Disculpa, Lucía! Solo quise ser amistoso. Gracias por permitirme venir, Lucía. Yo necesito que hablemos sobre nosotros. Olvida por un momento que Julia es tu amiga. Yo, jamás pensé que pudiera pasar algo así, Lucía. Por mi

mente nunca iba a llegar pensar que eras su amiga. A pesar de que todo coincidía cuando hablaba de ti la ciudad, tu profesión, tu afición por la fotografía, nunca apareció tu nombre y no pude sospechar que eras tú y ahora mírame aquí estoy, completamente confundido — Me dijo con lágrimas en los ojos — ¿Por qué nunca me llamaste? Yo no pude llegar a tiempo, aquel día, al aeropuerto, porque se nos accidentó el coche, pero después de una hora llegué, con la esperanza de que tu vuelo se retrasara. Fui a buscarte, pero no tenía ningún dato de ti, ningún número móvil, ninguna dirección ¡Yo te dejé mi tarjeta! Por eso Lucía, me quedé esperando tu llamada y no pasó. No supe cómo contactarte, me quedé con mi corazón roto — Me decía con lágrimas en los ojos.

Yo no quería que tocáramos el tema de nosotros, pero el de escuchar esas palabras me sentí muy emotiva y aproveché la oportunidad para aclarar las dudas que me quedaban ante la confusión por lo que él me estaba comentando.

—No te llamé porque la tarjeta que me diste se extravió en mi habitación y me quedé con la esperanza de verte en el aeropuerto, pero nunca llegaste Arturo. No mientas, no llegaste y yo me fui dos horas antes y me quedé esperándote como una tonta — Le dije sin poder aguantar las lágrimas por el dolor que me causaba traer a mí, esos recuerdos.

Mientras secaba sus lágrimas Arturo sacó de su bolsa una cámara fotográfica y la reconocí inmediatamente.

—¿Ves esto? Es tu cámara fotográfica, la que llevaste al lago aquella vez que te dije que te amaba ¡Recuerda, es tuya Lucía! Aquel día que llegué tarde al aeropuerto, la vi ahí, estaba en uno de los asientos y de inmediato la tomé y al encenderla, vi las fotos que tomamos juntos. Con eso, supe que era tuya, tuya mi vida ¡Era tuya! Y desde entonces, la he atesorado conmigo, es lo único que me había quedado de ti, de aquel recuerdo. Después de eso, comencé a

beber en las noches después de salir de clase y me convertí un ermitaño esas noches. Hasta que conocí a Julia, en un bar, una de esas noches que salí a buscar un refugio en el alcohol. Julia, supo aprovechar el momento y me envolvió. Salimos algunas veces sin tener ninguna relación y cuando me di cuenta, ya estábamos juntos y ahora ¡Mírame! Voy a casarme con una mujer a la que no amo — Me dijo, mientras se levantaba y me tomaba de las manos. De tanto pensar en cómo iba a reaccionar cuando lo tuviera frente a mí, olvidé todo. Mi mente se había quedado en el recuerdo de aquellos días y mi mirada fija en sus ojos, me hacían creer en sus palabras. Repetí mentalmente que Arturo, amaba a Julia y yo tenía en mi poder, el secreto que podía romper con el sufrimiento de Arturo y así darme a mí, la oportunidad para ser feliz, pero no podía.

—No lo puedo creer, en todo este tiempo creí que te habías burlado de mí y hasta llegué a creer que el destino no quería que estuviéramos juntos, pero al tenerte aquí cerca y después de escuchar tu confesión, me siento tan confundida ¡No sé qué quiere decirnos la vida! He sufrido tanto y nunca, nunca dejé de amarte como aquel primer día, Arturo — Le dije mientras me abrazaba a su cuello — Pero, ya es demasiado tarde, Arturo, ahora es Julia quién debe importarte, ya no hay un nosotros, eso debe quedar en el pasado — me di media vuelta y le di la espalda para que no viera todas las lágrimas por mi dolor.

Arturo me abrazó muy fuerte por la espalda, rodeando mi cintura con sus brazos y me hacía sentir su respiración en mi cuello al mismo tiempo que me susurraba al oído muy suavemente con su voz tan varonil.

—¡Te amo, Lucía! Nunca he dejado de amarte. Yo no quiero casarme con Julia, pero ella está esperando un hijo mío y no puedo dejarla sola. Ella sabe que no la amo, pero por la presión familiar por su parte, debo apoyarla en esto — Me dijo haciéndome entender que solo se casaba con Julia, por ese

bebé, sin saber que no era de él.

Ante las palabras de Arturo, me quedaba inválida de alguna reacción. Por un lado, quería gritarle que nos olvidáramos de todo y nos escapáramos, pero por el otro, me sentía comprometida con Julia. Con eso estaba poniendo la felicidad de mía miga por encima de la mía ¿Pero, cuál felicidad? Si ella tampoco amaba a Arturo. Ya no sabía que pensar, solo estaba segura de que iba a enloquecer, quería caer en estado de coma y despertar cuando ya toda esta confusión terminara.

—Arturo, te comprendo perfectamente y de mi parte tienes mi apoyo. Yo no voy a interferir entre ustedes, aunque me muera por dentro al verte con ella, besándola — Le dije mientras me apartaba un poco para mantener la distancia.

Me estaba engañando a mí misma y sabía que iba ser muy difícil cumplir con las palabras que le había dicho a Arturo. Para mí, iba a ser muy difícil apartar mis sentimientos, echarlos a un lado como si se trataran de un costal de basura que pudiera dejar en cualquier lado.

—¡No, mi vida! Nuestros sentimientos no son una basura, solo que la vida se empeñó en alejarnos. A mí también me duele todo esto, Lucía. Y pensar, que todo pudo haber sido diferente — Me dijo.

Ya habíamos aclarado todo, al menos de los dos ya no nos culpábamos de habernos separado. Tan solo quedaba una brecha de lo que pudo ser y no fue. Yo le debía lealtad a mi amiga, así que pretendía sacar de mi corazón a Arturo.

Después de la tan larga conversación que se había dado entre lágrimas y recuerdos, le pedí a Arturo que se marchara, ya no era necesario alargar más la angustia de tenerlo junto a mí, sin poder darle todos los besos que tenía guardado solo para él.

Apenas salió de mi casa, mi mundo se derrumbó, me dejé caer al suelo porque mis piernas ya no podían sostenerme y comencé a gritar por la impotencia que me embargaba.

Me levanté, rápidamente me asomé a la ventana para ver si lo veía. Quería gritarle desde ahí, toda la verdad que sabía y pude darme cuenta de que él también estaba mal al verlo cómo se colocaba sus manos sobre su rostro y su cabeza tocaba el volante de su coche.

Ambos, estábamos sufriendo por las travesuras de una mujer adulta a la que solo le importaba ella y la sociedad. Pero, yo me preguntaba por qué no podía hacer que Julia recapacitara y se diera cuenta que todo esto era una locura. Pensé en esa posibilidad y me preparé para volver a tener una conversación con ella.

Había sido un día de mucha angustia y verdades, con todo eso, mi estomago estaba sufriendo con cada noticia y se me había quitado el hambre. Así, logré acostarme nuevamente y llorando, pude conciliar el sueño hasta el otro día que pude levantarme para ir a mi oficina. Apenas estaba entrando cuando doña María me informaba que tenía a una persona esperándome.

—Buenos días, jefa. En su oficina está su gran amiga, Julia. Me preguntó si podía esperar ahí y como es su amiga, le dije que sí ¿No hay problemas con eso o sí? — Me preguntó mi secretaria.

—No, no hay problemas con eso. Gracias, señora María — Le dije mientras en mi rostro se dibujó una mueca de desagrado.

Mientras caminaba hacia la oficina, pensaba en que quizás esa era la oportunidad para intentar que Julia entrara en razón y buscara a José, el padre de su hijo y le dijera la verdad a Arturo, para nosotros poder ser feliz.

Apenas entré y la vi, estaba sentada de espalda y en mi mente le gritaba que Arturo era el hombre de mi vida y que lo amaba y solo ella podía hacer que

nosotros fuéramos felices, pero mi mente tenía la voz muy baja y solo yo podía escucharla, así que no sirvió de nada pensar que me iba a escuchar.

—Hola, amiga, no te escuché entrar — Me dijo mientras se levantaba a saludarme.

—No te levantes, por favor — Le pedí mientras yo me acercaba a ella.

—¿Arturo se comunicó contigo? Ya me urge que terminemos de organizar todo, Lucía — Me preguntó.

Me quedé sin palabras, cómo le decía que sí, que si nos habíamos visto en mi casa y hablamos de lo mucho que nos amábamos y que me tuve que contener para gritarle toda esa verdad que ella me había hecho prometer que no diría. Pero, no, debía mentirle a ella.

—No, Julia, aun no lo ha hecho. Pero, quizás ayer era muy pronto y se comunique conmigo hoy — Le dije tratando de que se despreocupara un poco del tema de la boda —¿Él no te ha escrito? — Le pregunté, refiriéndome a José.

—No y me siento muy mal por no saber de él. A veces quiero escribirle y decirle que vamos a tener un hijo, pero eso sería hacerle más daño — Me dijo, muy afligida —Lucía ¿Qué pasó con ese gran amor del que me hablaste en uno de esos tantos e-mails que me escribiste? — Me preguntó dejándome muy desencajada ante la inesperada pregunta.

—Aún lo amo. Recientemente me enteré de que está a punto de casarse, pero algo dentro de mí, me dice que aún me ama también. Dejaré que el tiempo sea quien decida sobre nosotros — Le dije con mucha tristeza.

—Pero, busca a ese hombre, amiga. Si aún no se ha casado, tienes tiempo para recuperar su amor. No dejes que te pase lo mismo que a mí — Me dijo con mucha certeza.

Parecía absurdo escucharla darme esos consejos, cuando ella misma estaba

dejando pasar el verdadero amor por un capricho de la sociedad.

—Creo que no eres la más indicada para aconsejarme en cosas del amor, amiga. Disculpa que te lo diga, pero si tú no eres capaz de luchar por tu verdadero amor, entonces, cómo me pides a mí que lo haga, no te entiendo — Le dije con algo de sarcasmo.

—Tienes razón, amiga. Discúlpame, no soy la más indicada cuando no soy capaz de resolver mi situación de la mejor manera ¡Soy una cobarde! — Me dijo y al mismo tiempo se echó a llorar en mi hombro.

La situación de Julia era muy difícil. La veía tan confundida que por un momento creía que se iba a arrepentir de casarse con Arturo y aproveché para intentar ayudarla a pensar.

—Julia, piensa bien, amiga. Aun tienes la oportunidad de ver nacer y crecer a ese niño, pero al lado de su verdadero padre. No te condenes a ser infeliz y no o condenes a él a una vida de mentiras ¡Piensa en que te puede reprochar lo que estás haciendo! — Le dije, pero definitivamente sus hormonas le estaban moviendo todos sus sentimientos.

—No quiero que hablemos más de ese asunto, Lucía. Discúlpame, pero ya mi vida está escrita de la manera en que se están dando las cosas ¡No hay vuelta atrás! — Me dijo, mientras se secaba las lágrimas.

¿Por qué tenía que ser tan terca? Me preguntaba en mi mente, tan fácil que era decidir ser feliz, pero yo me sentía como un cura de iglesia ante un secreto de confesión, a pesar de que me afectaba directamente, no podía abrir la boca para desmentirla y me carcomía por dentro.

—Está bien, Julia, te prometo que no voy a tocar más ese asunto. Debemos cuidar a mi sobrino o sobrina, aun no lo conozco y ya siento que lo quiero — Le dije con lágrimas en los ojos.

Me puse sentimental, por ver a mi amiga tan sensible por su embarazo y

también por ver que no podía hacer nada más que aceptar la voluntad de Dios.

—Gracias, amiga, por tu comprensión. Voy a llamar a Arturo para que se comunique contigo y puedan terminar los detallitos que faltan. Yo, no me he sentido muy bien con esto del embarazo y tengo que ir a la clínica de mi papá para ver mi consultorio. Son muchas cosas que hacer y no sé por dónde comenzar — Me dijo y nuevamente se puso a llorar.

Ya no podía más con tanta sensibilidad de Julia. Le pedí que se marchara a descansar un poco y le informé que apenas Arturo me contactara, ella sería la primera que se enteraría. Al poco rato que Julia se había ido de mi oficina, llamó Arturo y de una vez nos pusimos de acuerdo para culminar los detalles para la boda. Ambos sabíamos que el estar juntos, organizando esa boda, nos iba a destrozarnos el corazón, pero para mí, también era una manera de pisar tierra y creer que lo que estaba sucediendo, era tan cierto como mismo amor que sentíamos los dos.

Julia me había dejado su carpeta, donde tenía todos los contratos de los que iban a amenizar la fiesta y organizar el salón. En mi rol de planificadora de bodas, faltaban nada más y nada menos que el traje del novio y el de la madrina, o sea, el mío.

Al día siguiente, Arturo y yo nos fuimos a visitar a un famoso sastre, era el que le hacía todos los trajes a mi padre por eso sabía que él haría un excelente trabajo con Arturo.

—¡Hola, hija, pero que grande estás! Eres toda una bella mujer, como tu señora madre y él caballero ¿es tu novio? — Me preguntó Don Juan al verme legar con Arturo.

Inmediatamente, nuestras miradas se cruzaron y con un tono de voz de tristeza, tuve que dar la respuesta más triste para mí.

—Don Juan, me alegra verlo ¡No, él es el novio de mi amiga! Se va a casar en dos meses y necesita un traje — Le dije con mucho pesar.

Arturo hizo una mueca de desagrado y se acercó a Don Juan para darle la mano. Después del percance que tuvimos al entrar a la sastrería, le comentamos al sastre los colores de la decoración y del vestido de la novia e inmediatamente, diseñó un gran traje para Arturo. Al verlo plasmado en ese dibujo, cerré mis ojos y podía verlo vestido con él, asemejándose a un príncipe de cuentos de esos que ya no existen.

Mientras le tomaban las medidas, Arturo tenía una gran tristeza reflejada en su mirada y con tan solo verlo hacer todas esas cosas en contra de su voluntad, hacía que se me salieran las lágrimas, aunque sentía más admiración por él ya que hacía todo por ese supuesto hijo de él.

Capítulo V

Salimos de la sastrería con el silencio de una mentira que solo yo sabía y que me estaba quemando por dentro como si estuviera en una hoguera.

—No sabes todo lo que daría, porque ese hijo lo estuvieras esperando tú, Lucía. No sabes lo felices que estuviéramos en este momento — Me dijo Arturo, mientras nos despedíamos en el estacionamiento del local.

—Pero no fue así y debemos continuar, por favor, Arturo. No me obligues a dejar de verte, porque puedo inventarme cualquier excusa para que no tengamos más salidas juntos — Le dije con mucha precisión en mis palabras.

—Tienes razón, por favor no lo hagas, me conformo con mirarte, aunque sea de esta manera. Aunque no te voy a negar que es contigo con quien quisiera vivir esa experiencia para siempre.

No le hice caso y me subí a mi coche, bajé el vidrio de la ventana y le grité que nos veíamos en la floristería que quedaba en las afueras de la ciudad y

arranqué rápidamente. Mientras manejaba, iba viendo por el retrovisor para saber si me seguía, tampoco quería tener cargo en mi conciencia por si él llegara a perderse en el camino.

La vía estaba muy descuidada y en cada tramo había un hueco y por mala suerte, no pude esquivar uno de ellos y caí bruscamente. El coche se me detuvo y me asusté porque no veía a Arturo venir desde hace unos minutos. Me desesperé un poco y enseguida me bajé para mirar qué había ocurrido, para mayor sorpresa, una de las llantas se había destrozado por completo. Fui a mirar a mi cajuela y no tenía una llanta de repuesto.

¡Me quiero morir, cómo me viene a pasar esto a mí y justo en este momento!, grité, como si alguien me fuera a oír en esa soledad del camino. Me subí al coche y tomé el móvil para llamar a Arturo para que viniera a mi auxilio, pero nada, la señal también se había roto, al igual que la llanta.

Cerré la puerta por seguridad y me quedé dentro del coche, aguardando para que Arturo me rescatara al pasar. Ne sentía tan agotada, que me quedé dormida por unos minutos, hasta que de pronto, comenzaron a tocar la ventana de mi retrovisor.

—¡Lucía! ¿Qué sucedió, estás bien? — Me preguntó Arturo bastante preocupado.

Desperté bruscamente, y me bajé de inmediato y lo abracé.

—¡Gracias a Dios que llegaste! Pero, por Dios, Arturo ¿Dónde estabas que no llegabas? — Le pregunté mientras me abrazaba a su cuello —Estaba muy asustada, esta vía es muy sola — Le dije mientras me disculpaba por mi actitud.

—No te disculpes, entiendo que estés asustada y ya sabes que me tienes aquí para ayudarte. Pero, te confieso que yo no soy buen mecánico y tampoco puedo ayudarte mucho porque las llantas de mi camioneta son muy grandes

— Me dijo mientras miraba el destrozo de mi coche —La única solución es llamar a un remolque — e inmediatamente sacó su móvil, pero tampoco tenía señal.

Lo único que se nos ocurrió, fue aguardar dentro de la camioneta de Arturo y esperar que pasara alguien que nos pudiera ayudar. Mientras conversábamos, hubo un momento de silencio y Arturo y yo nos quedamos mirándonos y sin pensarlo mucho, nos fuimos acercando hasta el punto de intentar besarnos, pero una luz nos interrumpió y ese beso que estaba a punto de surgir entre los dos, milagrosamente fue detenido.

—¿Están ustedes bien? — Preguntó un señor con una bata de mecánico.

Cuando nos bajamos, nos dimos cuenta de que era el dueño de un remolque y rápidamente hicimos la negociación para que lo trasladara, pero nos sugirió llevarlo hasta las afueras de la ciudad que era más cerca porque ya la noche había llegado.

Los dos nos miramos las caras y aceptamos la solución. Seguimos hasta el remolque a un taller de mecánicos, pero ya estaba cerrado.

—¿Señor, si dejamos el coche aquí y lo venimos a buscar mañana, no habrá problemas? — Le preguntó Arturo.

—No hay problema, pero amigo, yo les recomiendo que no agarren ese camino para la ciudad a esta hora, es muy peligroso — Nos dijo el señor, dejándonos muy asustados.

Eso implicaba que nos tendríamos que quedar en el pueblo y sabía que iba a ser un grave problema con Julia. Al ver que la señal había vuelto a nuestros móviles, acordamos llamarla juntos, para decirle que debíamos quedarnos en ese lugar hasta el día siguiente y de una vez aprovechábamos de concretar la entrega de los tulipanes para la decoración de la iglesia.

—Julia, amiga, estoy en el pueblo, con Arturo — Le dije inmediatamente que

me atendió la llamada.

—¡Ay, me alegra tanto que comiencen a compartir! — Gritó muy conmovida
—¿Pero, qué hacen a esta hora por allá? — Preguntó con asombro.

En ese momento, Arturo tomó la palabra y le explicó cómo se habían dado las cosas y la situación que teníamos en ese momento.

Julia no tuvo más reparos que estar de acuerdo con nosotros y más bien nos pidió encarecidamente que no nos expusiéramos al peligro de regresar a la ciudad por ese camino y si debíamos permanecer en el pueblo, ella no veía ningún problema.

Después de despedirnos con la aprobación de Julia para quedarnos, Arturo y yo, recorrimos las pequeñas posadas del pueblo y todas estaban cerradas por mantenimiento. Con la sugerencia de uno de los habitantes, fuimos hasta la posada de Belén y al parecer, tenían habitaciones disponibles.

—Buenas noches, señor ¿Tiene dos habitaciones disponibles hasta mañana?
— Preguntó Arturo en la recepción.

—Buenas noches, sí, nos queda una habitación con baño interno —Nos dijo.

Arturo volteó a mirarme y yo hice señas con mi cabeza a manera de negación. No podíamos quedarnos en una misma habitación, tenían que ser dos y eso Arturo lo entendía.

—Es que necesitamos dos ¿Sabe de alguna otra posada que tenga disponibilidad? — Le preguntó Arturo, con mucha insistencia.

—En todo el pueblo, somos los únicos que tenemos la posada abierta, amigo y por eso tenemos todas las habitaciones llenas. Como le dije, solo nos queda una habitación ¿La van a tomar? — Nos preguntó el señor, con muy poca paciencia.

Arturo se acercó a mí y tratamos de negociar entre nosotros.

—Creo que debemos aceptar, Lucía. Si quieres, tú puedes dormir ahí y yo

duermo dentro de mi coche, lo importante es que tú, estés bien — Me dijo con mucha preocupación por mí.

—¡No! — Le dije —¿Cómo te vas a quedar a dormir dentro del coche? ¡Estás loco! Si nos quedamos, ahí vemos cómo vamos a dormir. Por ahora, me gustaría ducharme, me siento llena de tierra. Lo mejor es aceptar — Le dije.

Arturo se acercó nuevamente hasta la recepción y aceptó la habitación. Después de realizar el pago, le entregaron la llave y nos fuimos caminando por un largo pasillo hasta encontrar la habitación número 28.

Después de tanto tiempo, me encontraba nuevamente en una habitación con Arturo, pero bajo otras condiciones. Los dos nos quedamos viendo la cama y era tan pequeño el espacio que, al parecer, no íbamos a tener otra manera de dormir que no fuera más que compartir una misma cama. Yo había pensado en que podíamos tener un sofá dentro y así ofrecerle a Arturo que durmiera en él, pero contábamos con solo una cama.

—¡Una cama nada más! — Fueron mis primeras palabras.

—¡Ves, me voy a dormir en el coche! — Insistió Arturo.

—Arturo, date cuenta de que es muy peligroso y, además, está haciendo mucho frío allá afuera. Los dos sabemos cuáles son las condiciones por las que nos quedamos y no creo que haya problemas en compartir la misma cama — Le dije con mucha seguridad.

—Tienes razón, tampoco quiero ser imprudente — Respondió y se sentó en una silla que estaba dentro y que sirvió para colocar mi bolsa después.

Me senté en una de las esquinas de la cama y comencé a quitarme mis botas largas y quedé con los pies descalzos. Dejé el abrigo encima de la cama y me quité la bufanda. Solo me quedé con la falda y la blusa que me quité, tras entrar a la ducha.

Después de unos minutos debajo del agua tibiecita, me sequé con las toallas que al menos nos habían dejado en la habitación y me coloqué la misma ropa encima, menos la ropa interior, porque era una maniática en ese sentido.

Cuando salí, Arturo estaba descalzo y sin su camisa. También hizo lo mismo, se terminó de desvestir dentro del baño y se colocó su ropa antes de salir. A pesar de que ambos nos conocíamos íntimamente bien, parecía que nos estábamos viendo por primera vez, solos en una habitación de hotel.

Cuando me metí dentro de las sábanas, en la cama, lo miraba de reojitos y aún estaba tan hermoso como antes o quizás más. Esos cuadritos que definían su abdomen lo hacían más sensual y por mi mente comenzaron a llegar deseos que no tenían lugar en nuestra relación de amistad que estábamos iniciando por mi amiga Julia.

Mientras Arturo secaba con la toalla su cabello, yo hice que me había quedado dormida y sentí cuando se sentó a mi lado. Apenas comenzó a acariciar mi rostro mientras susurraba que me amaba, no pude contenerme y abrí mis ojos.

—Arturo ¿qué haces? — Le pregunté bastante conmovida con su acto.

—Lucía, no puedo evitar verte así, sin acercarme y decirte que eres la mujer de mi vida y te amo — Seguía diciendo mientras dejaba una lágrima caer de sus ojos.

Sin esperar que le respondiera, Arturo me levantó un poco con sus manos y me besó tiernamente. Nuestros labios se fueron uniendo con cierto temor a que uno de los dos los rechazara, pero no fue así, ambos aceptamos cada movimiento, como si nuestro corazón nos guiara en ese beso.

—Arturo, no está bien — Le decía a manera de susurro cuando sentía que tenía un poco de aire entre beso y beso.

—Si nos ponemos a ver lo que realmente está bien, entonces no debíamos

estar separados, mi vida ¡Por favor! Amémonos, Lucía — Me dijo y realmente, tenía toda la razón.

No puse ninguna objeción a mis sentimientos en aquel momento y después de ese beso, vinieron otros más intensos, que nos llevaron a acariciar nuestros cuerpos como aquella primera y única vez que habíamos estado juntos. En ese momento, el tiempo se detuvo a nuestro favor y dejamos que el amor hablara, haciendo que nuestros cuerpos ya desnudos, conocieran nuevamente, el placer del amor.

Al terminar nos quedamos abrazados, sin pensar en nada más que no fuéramos los dos y bajo los efectos del amor, Arturo y yo nos quedamos profundamente dormidos, llenos de recuerdos que habían sido revividos en aquella habitación.

Al despertar, muy temprano, sentí los besos de Arturo que recorrían todo mi cuerpo. Fue una sensación increíble porque las ganas de hacer el amor seguían ahí y no nos quisimos aguantar y así lo volvimos a intentar.

—Arturo, despierta, ya son las diez de la mañana. Recuerda que tenemos que solucionar lo de mi llanta y también lo de las flores — Le dije, cambiando mi tono de voz al recordar el verdadero motivo por el que estábamos en el pueblo.

—Buenos días, mi vida. No me importa nada en este momento, solo estar contigo, así de cerquita — Me dijo mientras me abrazaba muy fuerte y me metía de nuevo en la cama.

—Por favor, regresemos a la sensatez, debemos volver — Le dije algo asustada porque no quería que alguien se diera cuenta de lo que nos acababa de suceder.

—Está bien, mi vida. Hagamos lo que tengamos que hacer — Me dijo mientras se ponía de pie.

Los dos nos vestimos entre juegos y risas, parecíamos dos niños juntos. Ese sería otro de los grandes momentos que se agregarían a la colección de recuerdos que yo tenía con él y no me arrepentía que se dieran las cosas de esa manera y aunque Julia fuera mi amiga, no merecía que Arturo le fuera fiel. Pero, mientras le cambiaban la llanta a mi coche, comencé a pensar en que yo me estaba convirtiendo en la amante de Arturo y jamás quise estar en una posición así en toda mi vida.

A media tarde, después de llamar a Julia, ya teníamos todo listo y era la hora de partir del pueblo a la ciudad. Arturo, quería continuar con su romanticismo, pero para mí, había llegado el momento de detenernos.

—Arturo, ya es momento de parar esto. Volvamos a nuestra realidad. No voy a decir que fue un error lo que nos sucedió, pero es necesario que seamos fuertes porque no debe volver a ocurrir — Le dije, mientras me subía en mi coche.

Arturo, al verme un poco enojada ante su actitud, se disculpó, pero se mantenía firme en sus sentimientos.

—Así tengamos que volver a nuestra realidad con Julia, mi única verdad es que te amo y eso no lo podrá cambiar nadie — Me dijo mientras me robaba un tierno beso y se despedía de mí.

Su gesto logró sacarme una sonrisa y me fui por todo el camino cuidadosamente, evitando que me volviera a ocurrir algún accidente que ameritara regresar al pueblo. Detrás de mí, venía Arturo, siguiendo mi ruta y de vez en cuando, gritaba como un loco por su ventana, que me amaba.

A través de mi retrovisor, me di cuenta de que Arturo me hacía señas con las luces de su coche y supuse que debía detenerme. Con mucho cuidado, me detuve en la orilla y me bajé y él inmediatamente se estacionó detrás de mí.

—¿Estás bien? — Le pregunté un poco preocupada.

—No, no estoy bien. Espera un momento — Me dijo mientras buscaba algo en el asiento trasero de su camioneta.

Arturo se bajó con su cámara y yo no comprendía de qué se trataba, hasta que se le ocurrió una de sus tantas locuras.

—Ven, quiero tomar una fotografía. Mi radar me indica que, por aquí, hay una hermosa cascada y al parecer, está muy cerca. Déjame hacer esta última locura, por favor — Me propuso Arturo.

Él sabía que, para mí, la fotografía era todo y no me iba a negar a su petición. Nos fuimos adentrando por el monte y ciertamente a poca distancia de la vía, estaba uno de los espectáculos más asombrosos que recordaba haber visto.

—¡Oh, por Dios! Esto es realmente hermoso, Arturo — le dije mientras admiraba el hermoso paisaje que tenía ante mis ojos.

Cuando volteé a mirar a Arturo, se estaba terminado de desnudar y se lanzó al agua. Yo me había quedado boquiabierta ante semejante locura.

—¡Ven, Lucía, únete a mi locura! — Me gritó debajo de las aguas de la cascada y pude ver desde lo lejos, que ponía su cámara sobre una piedra.

No aguanté la risa y sin ningún tipo de pudor, me quité la ropa y totalmente desnuda, me uní a la locura y también me lancé al agua. Debajo de la cascada, me asusté un poco al no ver a Arturo, pero de pronto, salió detrás de mí y con un beso en la espalda, me hizo dar vuelta para quedar frente a frente una vez más.

—Gracias por dejarte llevar por esto que yo llamo locura, mi vida — Me dijo mientras me abrazaba.

—No podemos seguir en esto Arturo — Le decía una vez más, pero sin dejar de disfrutar de ese momento.

Arturo, como siempre no esperaba que yo hablara mucho. Él, definitivamente sabía cómo manejar mis sentimientos y yo estaba muy consciente que Julia

no lo amaba. No tenía muy claro si lo que estaba haciendo se podría llamar traición, pero si me daba un poco de remordimiento y aunque hace un rato me había dicho que no quería convertirme en la amante de Arturo, cada vez más me estaba pareciendo a una de ellas.

Al ver que me había quedado en silencio, pensativa. Arturo me abrazó con más fuerza y para que no siguiera pensando, me besó a tal punto que no pude negarme a corresponderle y con ese contacto de nuestros cuerpos mojados, terminamos por hacer el amor.

No nos importó el tiempo que teníamos para llegar a la ciudad, ni las llamadas que Julia pudiera estar haciendo a nuestros móviles. Nos estábamos deleitando con las mieles de nuestros besos y el sonido que emitía el agua de la cascada al caer, era como la magia que le ponía el toque romántico para sentirnos aún más enamorados.

No había duda, ya me había entregado por completo a mis sentimientos y me iba a doler más cuando llegara ese momento de la boda. Cada segundo que pasaba a lado de Arturo, lo sentía más mío, como siempre lo quise tener a mi lado y solo la promesa que le había hecho a Julia me mantenía alejada de decir la verdad.

Una vez más, hicimos el amor, pero ese momento fue diferente, con una mezcla de frío y calor, nos saciamos de puro placer gracias a nuestro amor.

Después del majestuoso momento, nos llenamos de besos y caricias y nos sentamos en la piedra que estaba justo al lado de la cascada. Ahí me convertí en una musa para la inspiración fotográfica de Arturo. Posé de miles de maneras, como una musa desnuda a la orilla de aquella cascada.

—¡Ya, para, Arturo! Nos pueden ver en algún momento. Recuerda que dejamos los coches en la orilla del camino y cualquiera se puede interesar y ver por qué están ahí — Le dije como precaución — Además, estamos

completamente desnudos — continué con una pícaro sonrisa.

—Sí, vamos a vestirnos, mi vida. Estamos muy expuestos y, además, ya logré mi cometido — Me dijo con una carcajada, mientras me daba algunos besos.

Rápidamente, nos vestimos, aprovechando que nos habíamos secado un poco con el sol. Nos fuimos por el mismo camino y después de despedirnos con un beso, nos subimos cada uno en nuestros coches y nuevamente nos enrumbamos a la ciudad.

Me fui con una sonrisa de oreja a oreja, iba tan feliz que por unos minutos olvidé que Arturo era el prometido de Julia, hasta que mi móvil sonó y era ella la que me estaba llamando.

—Julia, amiga ¿Tenías mucho rato llamando? — Le pregunté con un tono de voz muy nervioso.

—Hola amiga, no. Acabo de marcarte ¿Ya llegaron a la ciudad? — Me preguntó inocentemente.

—Aún estamos manejando para llegar, se nos ha complicado el camino y la señal móvil es muy mala ¿Estás bien? — Le mentí en algunas cosas, pero era necesario llegar a eso.

—Me llamó José — Me dijo llorando — Me dijo que me amaba y yo le grité que me iba a casar con otro hombre. Le rompí el corazón a mi gran amor, amiga. Me siento muy mal porque por un momento quise decirle la verdad, que va a ser padre, pero tampoco le iba a causar tanto dolor ¡Soy la peor mujer que puede existir en el mundo! — Continuó hablando mientras seguía llorando.

—Lo siento tanto, amiga, pero tú, eres la única culpable de lo que te sucede porque tienes la verdad en tus manos y eso puede cambiar en un dos por tres toda tu vida — Le dije y en ese momento mi móvil cayó en el asiento del copiloto por esquivar un hueco que estaba en la vía.

Inmediatamente, Arturo activó la bocina de su coche y me hizo señas con las luces, pero bajé el vidrio de la ventana y le indiqué que todo estaba bien. Tomé el móvil para retomar la llamada y Julia aún seguía ahí.

—Amiga, disculpa, pero casi me accidento otra vez, tuve que esquivar un hueco. Mejor hablamos en otro momento, me siento muy cansada y no debería tener el móvil en la mano ¿Comprendes? — Le dije, algo asustada por lo que me había sucedido al momento.

—Tienes razón, amiga. Por favor dile a Arturo que lo voy a esperar en su casa. Te mando un beso y gracias por todo, amiga — Me dijo al mismo tiempo que cortaba la llamada.

¡Por qué estoy metida en esto, Dios! Comencé a gritar. Qué difícil estaba resultando todo, pensé que se me iba a ser fácil dejar a un lado mis sentimientos por Arturo, pero no, todo se me estaba complicando por ser tan débil y dejarme arrastrar por el amor que me quemaba por dentro.

Cuando estábamos entrando a la autopista, ya se acercaba el momento de que cada uno tomara rumbos diferentes y en la intersección, pude ver a Arturo que me lanzaba besos y yo, como una boba, le correspondía de la misma manera, pero casi ocasiono un choque por tanta imprudencia de mi parte.

Había olvidado decirle a Arturo que Julia iba a estar esperándolo en su casa, pero qué más daba, si ella era su novia y estaba es su derecho, aunque debí haberle advertido para que arreglara un poco su cabello y quitara un poco la arena de su ropa, porque por mucha confianza que nos tuviera Julia, cualquier mujer pudiera pensar mal de su novio, al verlo llegar en esas fachas.

Capítulo VI

Después de tantas horas de viaje, llegué a mi casa y apenas me vi en el espejo, pude notar mi cara de felicidad. En la noche, Arturo me llamó bastante nervioso y me dijo algunas cosas que me inquietaron.

—Lucía, creo que Julia se dio cuenta que entre nosotros había pasado algo — Me dijo, dejándome un poco consternada.

—¿Por qué lo dices, Arturo? ¿Te dijo algo? — Le pregunté muy inquieta.

—No me di cuenta en las faldas en que había quedado, luego del baño en la cascada y apenas me vio, se quedó pensativa y solo tocó mi ropa de una manera muy despectiva y hay algo peor — Me dijo mientras yo permanecía en silencio, escuchándolo — ella se quedó en la cocina, preparándome un té porque me siento un poco resfriado y yo me fui a duchar, cuando salí, ella tenía mi cámara en sus manos — Me dijo muy preocupado.

—¡No puede ser! Vio nuestras fotos, Arturo ¡Eso fue! — Le dije muy alarmada.

—Me temo que sí, Lucía. No me preocupa tanto que descubra nuestra verdad, me sentiría muy mal que, por mi culpa, se vaya a perder esa amistad tan bonita que ustedes tienen — Me dijo algo conmovido.

—Sí, pero a mí me preocupa más que ella, por la rabia, vaya a tener alguna complicación con su embarazo ¡Voy a pedirle que no quiero que sigamos haciendo las cosas juntos, Arturo! Yo no quiero hacerle daño, de esta manera no — Le dije llorando — No quiero que volvamos a estar a solas tú y yo,

necesitamos olvidar esto que sentimos, Arturo — Le dije con todos los sentimientos encontrados.

—Pero, Lucía ¡No me hagas esto! Es nuestra única oportunidad para compartir, aunque sea por unas horas.

—Lo siento, Arturo, pero está en juego la salud de Julia y por su embarazo, lo mejor es que no sigamos en esto que me hace sentir como una pecadora. Tu vida está decidida y yo necesito que la mía vuelva al orden que hasta hace un par de meses había logrado conseguir — Le dije sin esperar su aprobación.

—No lo había visto de esa manera y tienes razón, por mi bebé, debo retomar la promesa que le había hecho a Julia, de acompañarla en todo este camino, es mi responsabilidad. Soy un mal hombre, te estaba haciendo daño a ti, que eres lo que más amo y sin querer, pongo en riesgo la vida de mi hijo — Me dijo bastante apenado.

Después que llegamos a un acuerdo, Arturo y yo nos despedimos como no la habíamos hecho aquella vez que nunca supimos el uno del otro. Cuando terminamos la llamada, comencé a llorar. Mi amor, mi gran ilusión por Arturo, debía terminar en ese momento y la única manera de olvidarlo, era retomar mi relación con Efraín, porque solo él podía lograr que me enamorara de él, por su manera espléndida de tratarme y el amor que decía tenerme.

El poco tiempo que duré con mi relación no formal con Efraín, estuve a punto de entregarme completamente. Llegué a quererlo, pero no podía amarlo, aunque ahora, estando mucho más consciente de que era necesario olvidar a Arturo, podía volver a intentar una relación formal con él.

Después de pensar en ese proceso de formalismo, tomé mi móvil y llamé a Efraín, esperando que me respondiera de la mejor manera y que no me

guardara rencor por haberle terminado.

—Lucía, sabía que este momento iba a llegar en algún momento — Me dijo al contestar —¿Dime, quieres verme y que quieres volver a intentar conmigo?

— Me preguntó, haciéndome mucho más fácil toda la explicación.

—Hola, Efra. Sí quiero que nos veamos y que conversemos sobre nosotros — Le dije, respondiéndole su pregunta —Y Sí, quiero que lo volvamos a intentar, realmente me haces falta — Le dije con algo de nostalgia en mis palabras y con mucha sinceridad.

Yo estaba muy consciente de lo que estaba haciendo, pero no sabía si en realidad era lo más conveniente y ya estaba hecho, ya no había vuelta atrás porque iba a resultar dañando a Efraín y no me lo iba a perdonar.

—¡Gracias Dios! — Gritó enseguida de escucharme — Gracias por darte cuenta a tiempo, mi vida, no te vas a arrepentir ¡Te lo prometo! — Me dijo muy emocionado.

Después que terminamos de conversar, me di cuenta del error que había cometido al haber hecho el amor con Arturo. No pensé en nadie más que en mí, ni en el mismo Arturo que había quedado tan o más confundido que yo, pero quedaba de nuestra parte que todo volviera a la normalidad.

Tratando de recuperar mi vida y de estabilizar mis sentimientos, llamé a Julia para saber si en realidad la sospecha de Arturo era cierta.

Marqué una y otra vez y nada, Julia no contestaba la llamada. Esperé un rato más y como en dos horas, hice un segundo intento, pero también fue fallido porque no contestó.

Comencé a preocuparme seriamente, porque si no me atendía era porque estaría muy molesta conmigo y pensé que quizás le había ocurrido algo a causa de lo que vio y comencé a temblar por los nervios, pero para que saliera de mi preocupación, algún angelito me envió una señal y era la

llamada de Julia.

—¡Julia, amiga, me tenías preocupadísima! ¿Por qué no respondías? — Le pregunté muy nerviosa.

—Lucía, estoy bien, solo que estaba en la ducha. Amiga, me gustaría que vinieras a mi casa y habláramos un poco sobre algo que me tiene dando vueltas en mi cabeza — Me dijo y por su tono sarcástico, concluí que en realidad se había enterado de todo.

—Claro que sí, amiga. Mañana al salir de mi oficina, paso por allá un rato y conversamos — Le dije sin poner negarme a su petición.

—Gracias, amiga ¡Aquí te espero ¡— Gritó, como si estuviera en un lugar muy alejado.

Después de colgar la llamada, me levanté y tuve uno de esos ataques de personaje de película en el que comencé a halarme los cabellos como signo de desesperación. En mi mente, comenzaba a correr una película en la que Julia me preguntaba por qué me había acostado con su novio.

Intenté llamar a Arturo, pero ante todo necesitaba evitar cualquier contacto con él y, además, me había extrañado que él no se haya comunicado conmigo para alertarme de algo.

Al día siguiente, le había cancelado a Efraín por ir a casa de Julia y así salir de la angustia que me tenía desde que me pidió que la fuera a ver. Al final de la tarde, fui a encontrarme con ella y mi espera, había terminado en el momento que la tuve frente a mí.

—¡Amiga, qué bueno verte! — Gritó al verme como si nada malo estuviera ocurriendo. Eso me había dado un poco de tranquilidad y tomé asiento después de saludarla.

—¡Aquí estoy, Julia! Ahora dime, lo que necesites — Le dije con una sonrisa, al mismo tiempo que suspiraba.

—Sabes que me he quedado un poco con la duda, amiga, sobre ese gran amor que conociste en ese viaje ¿Aun lo extrañas? — Me preguntó.

Mi intuición me decía que algo estaba ocurriendo en la mente de Julia. Al escuchar esa pregunta, sentí que mi corazón se detuvo una y otra vez, pero no a causa de un infarto, lo hizo por la manera en que Julia me había preguntado.

—Sí, lo extraño, pero también comprendí que cuando la vida te quita algo es porque realmente no conviene — Le dije agachando la cabeza.

—Eso es cierto, pero también si te lo regresa es porque es tuyo — Me dijo y cada una de sus palabras tenían un doble sentido que me dejaba aún más pensativa.

—¿Lucía, en todo este tiempo, no has tenido ninguna otra relación amorosa? Lo pregunto porque eres una mujer hermosísima y cualquier hombre estaría encantado de tenerte a su lado, de eso estoy muy segura — Me pregunto nuevamente.

—Ese hombre es parte de mi pasado, amiga y sí, hay alguien. Se llama Efraín y tenemos algunos meses saliendo. Es un gran hombre y me adora — Le dije sonriendo.

—Te adora ¿Y tú, amiga? ¿Lo amas? — Me preguntó.

No sabía si ella hacía esas preguntas para tratar de inducir alguna de mis respuestas, pero ya ese careo me estaba estresando y solo quería salir huyendo.

—Yo, lo quiero. Para mí, decir te amo, implica muchas cosas. Por ahora, lo quiero y creo que ese es el inicio de una buena relación — Le dije y al parecer, mis respuestas le habían sido muy satisfactorias.

—Fíjate como son las cosas, amiga. Yo, amo a José y quiero a Arturo — Me dijo muy cínicamente mientras soltaba una gran carcajada.

—Por cierto, Julia, ya tienes todo listo para la boda. Ayer terminé de hacer

todas las diligencias con Arturo, ya lo demás son pequeños detalles de decoración, pero lo harás ya es el día de la boda — Le dije para que se diera cuenta de que no era necesario seguir compartiendo más tiempo con Arturo.

—Perfecto, muchas gracias amiga. Ya no es necesario que sigas con las salidas con Arturo, claro, lo digo porque te pedí que compartieras mucho tiempo con él y de esa manera pudieran verse como dos hermanos — Me dijo y definitivamente, me terminó de convencer que si sabía algo.

Ya con esa conversación, Julia me confirmaba lo que Arturo había pensado. Efectivamente, ella se había dado cuenta que Arturo y yo estábamos involucrados y quizás ese había sido el momento exacto para decirle toda la verdad, pero ése iba a ser mi secreto y si ella no era capaz de luchar por su amor, yo también me había convertido en una cobarde, pero por no permitir que ella me confirmara lo que ya sabía.

Algo dentro de nuestra relación de amistad, se había roto. Yo, había traicionado a mi amiga. Aun sabiendo que ella tenía retenido a su lado a Arturo con una mentira, la traicioné y era algo que me estaba pesando.

Julia y yo, nos despedimos muy fríamente y por primera vez, me sentí una mala mujer. Esa noche, no quise ir a mi casa y me fui a casa de mis padres. Apenas entré y la casa se sentía vacía, solo los empleados y Carmen, mi hermana mayor.

—¡Niña y eso que te apareces! Así te sentirás de sola que decidiste venir a visitar — Me dijo con una gran carcajada.

Yo, la miré y sin ánimos de escuchar su cinismo, subí directamente a la que aún era mi habitación. Apenas entré, me tiré literalmente a llorar, mientras abrazaba al oso de peluche que me acompañaba desde niña.

Sin pedir permiso, Carmen entró y al verme llorando, se conmovió, ya con eso nuevamente me daba a entender, que realmente me quería como hermana

y se acercó a preguntarme.

—¿Qué te pasa enana? — Me preguntó, como solía llamarme cuando estábamos niñas —¿Qué te hicieron? — Insistió para que le respondiera, mientras quitaba con su mano, el cabello que cubría mi rostro.

—Te estás burlando de mí, ¿verdad? — Le respondí con esa pregunta.

—No hermana, en verdad quiero saber por qué estás así — Me dijo muy sinceramente.

—No sabes lo feliz que me hace que te preocupes por mí, hermana — Le dije, al mismo tiempo que la abracé y me eché a llorar sobre su hombro.

Ese momento me había llegado como aro al dedo. Me sentía tan mal emocionalmente, que las palabras de mi hermana me quebraron por completo. Después de llorar, sin poder decir tan solo una palabra, me senté y le expliqué a Carmen lo que me estaba ocurriendo con todos los detalles que implicaban que me dijera que estaba loca, por la manera de cómo inicié mi relación con Arturo, pero para mi sorpresa, no lo hizo. Mi hermana había cambiado tanto conmigo, que seguramente, algo importante le estaba tocando el corazón para que después de tanto tiempo, ella se haya vuelto tan buena persona.

No me juzgó, me dijo las palabras más bonitas y atinadas que jamás pensaba oír y me hubiese gustado escuchar de mi madre.

—Dios sabe por qué hace las cosas, no te preocupes más. Todo va a estar bien, hermana. Si crees que lo mejor es que hagas una relación con Efraín, entonces, créelo. Yo, luchara por Arturo, si realmente creo que mi verdadero amor, desmentiría a Julia, pero también entiendo que ella confió en ti — Me dijo con mucho cariño —Espera un tiempo, él es nuestro aliado en todo. Mientras, disfruta a Efraín y déjate consentir, realmente mereces ser feliz hasta que se libere el indicado, o sea, Arturo — Me dijo, haciendo que saliera

una carcajada de mi boca y así, mi tristeza mejoraba un poco.

—Gracias, hermana, por ser esa madre que necesitaba en este momento. Voy a continuar con lo que me había propuesto, intentarlo nuevamente con Efraín, a ver cómo nos va — Le dije no muy segura.

En ese momento de hermandad, tocaron a mi puerta, era una de las señoras del servicio para preguntar si queríamos cenar algo. Yo, realmente no tenía nada de hambre, pero Carmen me miró, esperando lo que iba a responder y no tuve otra opción que decir que sí.

Las dos bajamos por las escaleras, como antes, cuando éramos niñas. Aunque yo siempre fui la más rebelde, ya esa época había quedado atrás, pero había sido bonito recordar. Cómo de niños no nos dimos cuenta lo felices que éramos en esos años, donde solo nos teníamos que preocupar porque nuestros padres nos amaran, ahora tenemos que sufrir por amar a otros, cosas de la vida, cosas de gente grande, pensaba en silencio.

Mientras cenábamos, Carmen y yo nos actualizábamos, como si fuéramos dos amigas que tenían muchos años sin verse. Me parecía una mentira, estar con mi hermana de esa manera tan cercana y era lo mejor que me podía pasar en ese momento.

Para finalizar la noche, mi hermana me pidió que me quedara con ella a dormir en su cama y recordé que muchas veces lo hacía de niña, cuando me daba miedo dormir a solas en mi cuarto.

Cuando despertamos, recordé que debía ir a la oficina para una reunión que tenía pendiente y apenas me daba tiempo de pasar por mí casa para cambiarme. No había tomado las precauciones para no llegar tarde, pero a pesar de mi infortunio, pude incorporarme a la reunión que ya había comenzado con la ejecutiva de ventas. No me había disgustado, por el contrario, felicité a mi asistente por haber tomado la iniciativa.

Todo marchaba muy bien, con mi hermana y en el hotel. Arturo se había alejado de mi mente por un instante. Traté de pensar más en las cosas buenas que me estaban sucediendo. Apenas entré a mi oficina y en seguida percibí el olor a gladiolas. Para sorpresa mía, había dos ramos espectaculares de gladiola, con decoraciones muy diferentes, lo que me dio a entender al momento que se trataban de dos floristerías.

Me sorprendí tanto, que no podía más que admirar. Inmediatamente saqué mi móvil y le tomé una fotografía para enviársela a Carmen y ella lo primero que me preguntó fue lo más importante de saber ¿Quién las había enviado? Pues Arturo y Efraín.

Me senté en el sofá de mi habitación y lo que me hizo falta, fue halarme los cabellos para darme cuenta de que estaba a punto de enloquecer. Mi tranquilidad con la que había iniciado la mañana se había ido. No podía comprender, cómo Arturo seguía insistiendo, después de todo lo que conversamos. Al menos Efraín, sí que había atinado, buscando de alguna manera, que nuestro regreso tuviera un gesto de buen gusto.

—Tina, por favor no me pases llamadas — Le pedí a mi asistente.

Tenía demasiado trabajo atrasado con todas las diligencias que le había hecho a Julia y necesitaba concentrarme y leer algunos documentos que requerían mi firma. De pronto, mi móvil sonó y era ella, Julia, quien se había convertido últimamente en mi mayor tormento.

Ya no toleraba escucharla porque siempre estaba necesitando que le haga algo, aunque después de la conversación que tuvimos, ella seguramente me iba a manipular, pero no se lo iba a permitir porque su verdad estaba en mis manos.

Miré mi móvil varias veces al escuchar que repicaba, pero me había dedicado a terminar mi trabajo y después que dejé todo listo, sentí curiosidad por saber

por qué Julia me estaba llamando. Tomé mi móvil y le marqué sin ningún tipo de temor.

—Amiga, llevo un buen rato intentando comunicarme contigo ¿Por casualidad, estás con Arturo? — Me preguntó, como si no recordara que me pidió que no saliera más con él, casi que me gritó que me alejara.

—¿Arturo? No, amiga ¿Por qué tendría que estar con él? Si te comenté que terminamos todo y yo misma te dije que ya no hacía falta que los dos volviéramos a salir — Le dije mientras esperaba que se justificara por esa duda.

—¡Ah, sí! Discúlpame, amiga, es que, con esto del embarazo, se me olvidan las cosas — Me dijo y comenzaba a manipular con su estado.

—Me imagino, amiga. Tengo que colgar Julia, estoy esperando a Efraín y debo arreglarme un poco, ya debe estar por llegar — Le dije y sorprendentemente, estaba entrando Efraín a mi oficina —¡Efra! Pasa por favor — Le grité para que se diera cuenta que era cierto lo que le estaba diciendo.

—¡Ay amiga! Ya no voy a molestar más con mis cosas. Vas a estar con tu novio y debes aprovechar el tiempo que te mantuve alejada de él por estar ayudándome a mí con mi boda. Saludos a Efraín y dile que quiero conocerlo pronto — No me dejó despedirme de ella y colgó la llamada.

Al parecer, eso había sido suficiente como para que Julia se sacara de la cabeza que yo pretendía algo con Arturo, aunque haya visto esas fotos en la cámara, pero ya después me iba a poner a sacar conclusiones, porque necesitaba resolver el problema que se me iba a formar con Efraín al ver ese otro ramo de gladiolas que él no me había enviado.

—¿Y esto, quien lo trajo Lucía? — Me preguntó sin haberme saludado.

Efraín estaba parado frente al ramo y yo, estaba a punto de sufrir un paro respiratorio o uno cardíaco o cualquier cosa que me hiciera llamar su

atención, porque la factura y la tarjeta, aún seguían encima de las flores.

Dijeran los oficiales al encontrar a una persona en plena fechoría “estaba con las manos en la masa y no podía negar ningún cargo, solo me quedaba ser muy astuta para poder zafarme de eso.

—Mi vida, llegaste temprano, me alegra tanto verte — Le dije mientras me acercaba a él y le daba un largo beso, tratando de que olvidara lo que había visto, pero al terminar, giró su cabeza nuevamente hacia las flores.

—Son de Julia, Efra. La ayudé con algunas cosas de la boda y quiso tener un detalle conmigo — Le dije, al mismo tiempo que tomaba mi bolsa y le pedía que saliéramos.

Mientras caminábamos hasta el estacionamiento, le decía a Efraín lo mucho que me habían gustado sus flores, a pesar de ser del mismo color de las que me había enviado Arturo, pero eso solo yo lo había pensado.

—¿Te parece si vamos a algún lugar tranquilo y conversamos? — Le pregunté muy cariñosamente.

Efraín asentó con su cabeza para afirmar a mi pregunta y luego, decidimos ir en su coche.

—Vamos a un lugar que te va a encantar, a pesar de la hora, creo que podemos alcanzar a ver el contraste de cielo cuando cae la tarde, es sencillamente, maravilloso — Me dijo al mismo tiempo que me miraba muy tiernamente.

Yo, ya podía respirar tranquilamente. Efraín no me preguntó nada más, sobre las otras gladiolas, él solo pensaba en nuestro regreso y en cómo complacerme, como siempre.

Comenzamos a cantar una canción que muy romántica que él había colocado solo para mí y así el camino se nos hizo muy corto, hasta que poco a poco fue deteniendo el coche, hasta que lo estacionó en un mirador al que no conocía.

—Es aquí, mi vida ¡Ven conmigo, bájate del coche! — Me dijo, mientras me extendía su mano apenas me abrió la puerta.

Cuando me bajé, Efraín aun sosteniendo una de mis manos, me llevaba como una niña al colegio. Yo, solo me estaba dejando guiar, hasta que nos acercamos a un gran muro que sostenía prácticamente a la estructura del mirador. Al principio, sentí un poco de temor por la altura y el gran vacío que se veía si mirábamos hacia el fondo, pero todo lo demás, era maravilloso. Hasta el frío que estaba haciendo, era perfecto para cualquier pareja de enamorados, no era mi caso, pero bien podía intentarlo.

—Ves, mira el cielo mi vida, sus colores — Me dio mientras señalaba hacia arriba —¡Espera aquí! — E inmediatamente se fue hacia el coche y regresó con un paquete que evidentemente se trataba de un obsequio para mí.

Capítulo VII

Mi expresión de asombro no era normal. Lo único que me faltó, fue ponerme a saltar como una niña.

—¡Efra, por qué eres así! — Le grité mientras en mi rostro se dibujaba una gran sonrisa.

Efraín me entregó la caja que tenía un gran lazo rojo. Cuando la abrí, me llené de nostalgia al mirar la cámara fotográfica profesional que me estaba obsequiando.

—¡Tú, mereces todo, mi vida! Recordé que habías perdido tú cámara fotográfica en aquel viaje y hoy te entrego en tus manos, una que compré con mucho amor — Me dijo, haciéndome botar algunas lágrimas por tan hermoso gesto.

Efraín ni se imaginaba que aquella cámara, había vuelto a mis manos y la manera de cómo regresó, era lo que me tenía el corazón hecho cuadritos. Traté de no traer esos recuerdos y me concentré en mi reconciliación con él.

—Está preciosa, Efra ¿Por qué tú eres tan lindo? — Le pregunté porque me trataba como a una princesa, siempre.

Inmediatamente la saqué de la caja y la estrené con una de esas fotos de portada de revista de hombre feliz, y no era nada más que una foto de Efraín con sus brazos abierto hacia el cielo. Después de esa toma, parecíamos dos niños jugando a ser fotógrafos porque Efraín se paraba en cada roca, en cada muro y yo saltaba al mismo ritmo de él para capturar el momento más gracioso y lo lograba.

Sin pensarlo, terminamos tan juntos al ver las fotos en la pantalla de la cámara, que el momento ameritó de un beso muy tierno.

—Efra... yo... — Traté por un momento de decirle algo, pero sus labios tan cálidos y humedecidos, me sedujeron en otro gran beso.

Ese hombre me confundía, con él sentía ese miedo de soltarme a volver a amar. Era, como saber que Efraín se podía convertir en mi real hombre de mi vida, pero me daba miedo aceptarlo por mi capricho que tenía en pensar que

solo con Arturo, podía ser feliz.

—Eres la mujer de mi vida, Lucía. No pensé llegar a conocer el amor a través de tu mirada. Sueño con poder hacer una vida juntos, quiero que te enamores de mí, tanto o más que yo. Necesito que te quites esa venda y esa coraza que no te hace amarme ¡Mírame, soy real! Y soy tuyo, mi vida — Me dijo y su llamado de atención era tan necesario que me puso pensativa en cuanto a mis sentimientos.

No quería emitir un juicio en el momento, pero el haber estado así tan cerca de Efraín me ponía a dudar un poco de mis sentimientos hacia Arturo.

Con Arturo, desde un principio, todo fue muy pasional, muy carnal hasta quizás algo más físico, pero con Efraín, todo era más pausado, más de degustar que de comer, más lento. Como si estuviera cultivando una planta de gladiolas, Efraín comenzaba desde el tallito hasta la flor con mucha sutileza, así era su amor por mí, dulce y tierno.

Arturo, a pesar de su dulzura, despertaba en mí, mucho más que Efraín, pero más en pasión, en esas ganas de hacer el amor como una travesura en la que no me importaba que nos vieran.

No podía entender por qué en mi mente, estaba haciendo esa comparación, en vez de aprovechar el momento maravilloso que me estaba ofreciendo Efraín, ante la complicidad del anochecer que estaba por caer.

—No te desesperes mi Efra, si te pedí que nos diéramos una nueva oportunidad, es porque estoy cambiando un poco mi manera de pensar. No nos apesuremos a nada, por favor, dejemos que la vida nos guíe — Le dije con mucha sinceridad.

Efraín me abrazaba mientras veíamos el firmamento y algo en mí estaba cambiando, porque me sentía muy bien a su lado, hasta yo propiciaba esos

juegos que hacían que terminaran en un beso. Pero con él, todo era tan suave y delicado que me hacía regresar a ese primer amor de la adolescencia.

Después de un par de horas en el mirador, ya el frío nos estaba arropando y por eso decidimos que era hora de irnos. Efraín me insinuó que debíamos terminar la reconciliación en la cama, pero no tan directamente, pero inmediatamente le capté la idea.

—Anoche me quedé en casa de mis padres y no me vas a creer, pero dormí con Carmen — Le iba contando mientras él manejaba.

—No sabes el gusto que me da, que hayas recuperado tu relación con tu hermana, mi vida, pero sígueme contando — Me dijo con mucha sinceridad.

Durante todo el camino, yo iba felizmente contándole a Efraín lo mucho que había avanzado en mi relación con mi hermana y le hacía ver que me sentía muy feliz y él me daba muestras que compartía mi emoción.

—Bueno, mi vida, llegamos a tu casa. Sí, ya sé que debo ser paciente y que esta vez será diferente, pero me muero de ganas por darte muchos besos al despertar — Me dijo muy conmovido.

—Gracias por entender, Efra — Le dije mientras nos despedíamos con un beso y un abrazo.

—¡Hey, mañana vengo temprano por ti, para llevarte a tu oficina — Gritó por la ventana del coche al recordarme que había dejado el mío en el estacionamiento del hotel de mi padre.

Con una sonrisa, le indiqué que aceptaba su propuesta y enseguida entré por el jardín de mi casa. Solté mi bolsa en el piso y me senté en el balcón a pensar.

Me sentía muy confundida ante dos amores muy diferentes, pero con Efraín, me estaban ocurriendo cosas inesperadas. Mientras estuvimos en el mirador, fue tan especial estar junto a él que por un momento quise decirle esa palabra

que encierra tantas cosas para mí, te amo. Me contuve por la confusión que me hizo el pensar en Arturo.

Aunque lo que había vivido con Arturo en los últimos días, había sido tan intenso, no dejaba de ser pasión, pero él no sabía mucho de mí, de mis gustos, de mis tristezas, de mis logros, ni de mi reconciliación con mi hermana, ni de lo sola que siempre fui por la ausencia de mis padres. Entre nosotros no hemos hablado de nada de esas cosas y no porque no hayamos tenido oportunidades, solo que cuando la tenemos, terminamos con un beso que nos lleva siempre a la cama. Eso me tenía pensativa, estaba dudando realmente de ese amor que decía sentir por Arturo.

Por otro lado, Efraín había regresado a mi vida para hacerme ver qué es lo que debe ser el verdadero amor, al menos para mí. Entre nosotros, nunca hubo excesos, todo se había dado poco a poco a su momento y sin desesperación, como cuando se come una dulce manzana y se quiere degustar su sabor. Él, me transmitía mucha paz y mucha seguridad ¡No sé por qué todo se me ha vuelto un desastre en mi cabeza! Pensé por un momento.

Me estaba comenzando la migraña y preferí entrar a la casa y pedí que me llevaran un té a la cama, para aprovechar que la señora del servicio se había quedado a dormir y en seguida me quedé dormida. Los acontecimientos que me habían ocurrido en los últimos días me tenían la mente un tanto congestionada y comencé a soñar en aquella noche fría.

En mi sueño, me debatía entre dos aguas, el mar y el río. El primero, era muy arrollador, fuerte y apasionado y en cambio el otro, era pasivo en ocasiones y muy tierno y sereno. Yo, debía escoger por donde pasar para cruzar hasta ese gran amor que me estaba esperando. Hasta en mi sueño, tenía la duda de cuál agua escoger y lo peor, es que no tenía a quien pedirle algún consejo porque me encontraba completamente sola. No supe qué hacer, solo le pedía a Dios que me ayudara a elegir porque mi amor estaba aguardando por mí si escogía

el verdadero camino. Después que me senté a llorar en una piedra que dividía a las dos aguas, me levanté y con la mirada altiva, decidí cruzar el río manso y ahí se encontraba Efraín.

Me desperté de pronto y me senté en la cama, quizás lo había escogido a él, en mi sueño, influenciada por la noche tan bonita que habíamos pasado juntos. Tal vez mi subconsciente quería que me terminara de alejar de Arturo y ese haya sido una señal.

Tomé mi móvil para ver la hora y me sorprendí al ver dos llamadas perdidas de Arturo. Tan profundamente dormida me había quedado, que ni siquiera escuché cuando sonó. Sentí mucha curiosidad por conocer para qué me llamaba, pero también, sentía unas ganas enormes de escuchar la voz de Efraín.

Dos opciones, como en mi sueño, pero esa vez, escogí a Arturo, antes de que fuera a encontrarse con Julia.

—Hola, Arturo ¿Incomodo? — Le pregunté inmediatamente después que me contestó la llamada.

—¡Lucía, que gusto escucharte, preciosa! — Me respondió muy emocionado — Aún estoy en casa, dime algo ¿Te gustaron tus gladiolas? — Me preguntó.

—No debiste enviarme flores después de todo lo que habíamos hablado, Arturo. Ayúdame a olvidarte, por favor — Le pedí muy impaciente.

—No me pidas eso, mi vida. Si cada vez es peor, te extraño. Quisiera besarte, acariciarte, quiero que volvamos hacer el amor, te necesito, Lucía — Me decía con su voz seductora.

En ese momento, me di cuenta de que yo estaba en lo cierto, mi relación con Arturo era únicamente pasional. Cada vez que me hablaba solo se referíamos a lo carnal, decía que me amaba, pero nunca nos preguntábamos cómo estábamos, qué habíamos hecho el día anterior.

—No, Arturo. Nuestra relación carnal ya se terminó — Le dije con mucha seguridad —No quiero, escúchame bien, no quiero que me busques más. Lo nuestro es solo pasión, me he dado cuenta, que no te amo — Le dije con mucha sinceridad.

—Pero ¿por qué dices eso? ¡Claro que es amor! si todo este tiempo, lo único que he hecho es amarte, pensarte y pedirle a Dios que me diera la oportunidad de estar juntos de nuevo, mi vida — Me dijo con mucha insistencia.

—Ya no es lo mismo, Arturo. Lo que quería construir contigo, ya pasó. No me veo con esa forma de amor y así no esté Julia de por medio, ya no siento amor por ti, es solo algo carnal — Le dije con mucha pena.

—No puedo aceptar que me dejes, Lucía — Me dijo y rápidamente me cortó la llamada.

Me quedé asombrada, mirando el móvil porque no podía creer que se haya comportado de esa manera. Tampoco esperaba que enviara besos, pero sí que actuara con mucha madurez.

Quizás si nuestra relación se hubiese dado en aquel tiempo, nuestra realidad sería otra. Pero, solo nos quedaron las ganas de estar juntos, en una cama, en el sexo. Después de suspirar para tratar de asimilar lo que me había ocurrido con Arturo, sentí la necesidad de hablar con Efraín, de escucharlo. Esa comparación que sin querer hacía entre ellos dos, me alejaban más de Arturo y, por lo tanto, me hacían ver que mi felicidad, estaba al lado de Efraín.

Como si estuviéramos conectados mentalmente, Efraín me llamó al mismo tiempo que yo tenía mi móvil en la mano para marcarle. Sonreí al ver la coincidencia e inmediatamente, le contesté, muy emocionada.

—Efra, mi vida — Le contesté y lo llamé, como nunca lo había hecho.

—¿Mi vida? Qué bonito se te escuchó llamarme así, tú también eres mi vida,

Lucía — Me dijo y podía adivinar, que estaba saltando de la alegría.

—Sí, Efraín, después de tanto tiempo, me di cuenta de que eras tú — Le dije muy sonriente y segura de lo que estaba diciendo.

—¿Soy yo? ¿De qué hablas, Lucía? — Me preguntó un tanto confundido por mi juego de palabras.

Me refería a ese sueño que había tenido, en el que debía escoger entre esas dos aguas, la del mar y el río y al final, era él ese hombre con el que debía quedarme.

—Eres tú el hombre de mi vida, Efraín y lo mejor no es eso, es que yo me siento la mujer de tu vida y es perfecto — Le dije, tratando de hacer una broma, pero con palabras reales.

Mientras conversábamos, desde mi móvil, comenzó a sonar el teléfono de la casa y le dije a Efraín que lo llamaba en unos minutos para atender la llamada. Realmente me preocupó porque pocas personas tenían ese número telefónico.

—Amiga, necesito verte — Me dijo Julia llorando —Por favor, ven a verme. Estoy en mi casa, no me falles, te espero Lucía — E inmediatamente, colgó la llamada.

Esa había sido otra llamada que había hecho que me quedara mirando el auricular, asombrada por la llamada de preocupación que me dejó Julia. Me vestí muy rápido y le marqué a Efraín antes de salir, para avisarle que iba a casa de Julia. Fue un poco extraño, porque no estaba acostumbrada a darle explicaciones, pero mi reacción fue involuntaria.

Por mi mente pasaban muchas cosas que le pudieran estar ocurriendo a Julia, pero lo que menos pensaba era que se trataba de algo mucho más grave.

—Menos mal que viniste, hija. Julia está muy mal, no quiere salir de su cuarto, está encerrada y lleva mucho tiempo ahí sin comer. Nos tiene a todos

muy preocupados — Me dijo la señora Susana, con lágrimas en sus ojos.

—No se preocupe, señora Susana. Ella misma me pidió que viniera, voy a ver qué puedo hacer — Le dije, mientras tocaba a la puerta —¡Julia, amiga, déjame entrar! Aquí estoy, como me pediste — Le grité a través de la puerta de su habitación.

Inmediatamente, Julia abrió la puerta y entré. Apenas me vio, ella se abrazó a mi cuello y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Lucía, Lucía, Lucía! Me siento muy mal — Gritaba y repetía a cada momento, mientras se ponía las manos en el vientre.

—¿Qué está pasando, Julia? ¡Me estás asustando, habla ya! — Le grité haciendo que entrara en razón y pudiera calmarse un poco.

—Lucía, perdí a mi bebé. Esta mañana, desperté con un pequeño sangrado y salí corriendo a la clínica. Unas horas después, el embrión ya se había despegado de mi útero ¡Me quiero morir! — Me dijo, al mismo tiempo que se echaba a llorar sobre mis piernas.

No podía creer la terrible noticia que me había dado Julia. Sentí mucha tristeza y al verla tan frágil, me puse a llorar con ella.

—¿Llamaste a Arturo? ¿O es que ya lo sabe? ¿Y si llamas a José y le comentas que iban a tener a un hijo, quizás esa noticia los termine unir? Anda amiga, ánimo a recuperar a José ¡Sé feliz, por favor! — Le dije, mientras lo abrazaba.

—¿Quieres que deje a Arturo, libre para ti? — Me preguntó sin ningún tipo de titubeos —No me lo vas a negar, amiga. Lo sé todo, sé que él es ese hombre del que te enamoraste en aquel viaje y que estuvieron juntos, hace apenas unos días en una cascada. Vi las fotos y no sabes cuánto lloré, pero no por celos o rabia, lo hice porque sentí que te estaba destruyendo la vida, mientras tú, tenías en tu poder mi mayor secreto que podía liberar a Arturo y

así hubiesen podido ser felices y, aun así, me fuiste fiel en la palabra y no hablaste y eso te hace mi amiga. Renunciaste a la oportunidad de ser feliz, por callar mi locura — Me dijo mientras me abrazaba.

¡Qué vergüenza! Sentía dentro de mí. Arturo tuvo razón aquella noche que regresamos, Julia, si se había dado cuenta de todo.

—Julia, siento mucho que te hayas enterado. Yo traté de evitarlo, pero el destino se empeñó y fuimos débiles. Pero no, amiga yo no siento lo mismo por Arturo. Me di cuenta de que mi verdadero amor es Efraín y ahora estoy con él y queremos ser felices — Le dije con mucha sinceridad, después de haberle pedido perdón — Si quieres un consejo en este momento, habla con los dos. Dile la verdad a cada uno y así tu mente estará en paz y, sobre todo, lucha, lucha por ese amor que sientes por José. Estoy segura de que es un buen hombre y tú y él, merecen ser felices — Le propuse para que realmente lo intentara.

—Tienes razón, amiga ¡Quiero ser feliz! Quizás esto que me pasó, era necesario para que me diera cuenta de que iba por el camino equivocado. Voy a buscar a José y hablaré con Arturo — Me dijo mientras nos abrazábamos.

Después que había logrado calmar a Julia, abrimos la puerta para que entrara la señora Susana que estaba muy preocupada por su hija. Todas, conversamos un buen rato, pero Julia no quiso hablarle de la verdad a su madre y no quise interferir en eso.

Nos tomamos unos cafés y las dejé a solas mientras me iba en mi coche hasta mi casa a esperar a Efraín para pasar uno de esos tantos fines de semana juntos.

Por unos días, no supe nada más de Arturo, me extrañó un poco porque él no había aceptado del todo mi decisión y Julia no me había comentado si ya

había hablado con él. Por curiosidad, le pregunté a ella y efectivamente, le había dicho toda la verdad.

En la mañana de un martes, desperté como siempre para ir a mi oficina y cuando estaba abriendo la puerta de mi casa para salir, él estaba ahí parado, quedando frente a mí.

—¡Arturo, por Dios, me asustaste! ¿Qué estás haciendo aquí? Voy de salida, así que dime pronto por favor — Le dije un tanto impactada y apurada por llegar temprano.

—¡No sé cómo pude enamorarme de ti como un loco, Lucía! ¿Cómo fuiste capaz de mantener a mentira de tu amiga? Qué poco te importé, hasta el punto de que ibas a ser capaz de dejarme casar con ella, sabiendo que me tenía engañado ¡Qué poca mujer eres! — Me gritó, al mismo tiempo que me apretaba muy fuerte el brazo.

—¡Suéltame, Arturo, me haces daño! — Le grité, mientras lograba separarme un poco — Yo estaba convencida que ella te iba a decir la verdad, era su secreto, no podía interferir, te juro que estaba segura de que esa boda no se celebraría — Le dije bajando el tono de voz.

—¿Y entonces, porqué me dejaste si estabas segura de que ella me iba a decir la verdad muy pronto? — Me preguntó con su mirada un poco perdida, que por un momento sentí temor a que me pudiera seguir agrediendo.

—Te dejé, porque no te amo, solo sentía por ti, atracción física, pasión y la emoción de lo prohibido me hizo recaer, pero eso no es amor. Amo a otro hombre y él también me corresponde, lo siento — Le dije mientras tocaba su brazo.

Pero Arturo estaba cegado por la rabia, ni siquiera podía sostenerme la mirada y su actitud agresiva, me decía que las cosas no iban a terminar nada bien, por eso cerré rápidamente la puerta y me fui hasta el coche, pero él me

siguió.

—¡Tú también jugaste conmigo, Lucía! No voy a aceptar que ames a otro que no sea yo — Gritó y volvió a halarme por el brazo.

En ese momento, comenzamos a forcejear hasta el punto de que caí brutalmente al piso y golpeé mi cabeza con el pavimento, quedando totalmente inconsciente.

Cuando desperté, estaba atada en una cama. En mi boca tenía una venda que no me dejaba hablar, intenté gritar, pero solo podía emitir un sonido a través de la tela. La cabeza, me dolía mucho y podía sentir cómo corría un líquido por mi frente y cuando sentí que llegaba a mi nariz, me di cuenta de que era sangre. En seguida, recordé la caída y entendí el porqué de la sangre. Sabía que estaba en manos de Arturo, no podía comprender que sostuve una relación con ese hombre que había resultado ser un loco atormentado, porque solo una persona así era capaz de hacerle daño a otra.

Traté de sentarme, pero fue inútil y comencé a llorar. Mientras me resignaba al hecho, llegaban a mí, pensamientos de Efraín y comencé a llamarlo con mi mente y como si realmente hubiera una conexión mental, mi móvil comenzó a sonar y en mí, entró una desesperación por no poder tomar la llamada. De pronto, apareció Arturo y sin decir una sola palabra, sacó el móvil de mi bolsa y lo tomó entre sus manos.

—¡Mira, es Efraín! ¿Qué hacemos, le contesto la llamada? — Me preguntó con sarcasmo al mismo tiempo que se reía a carcajadas —Hola Efraín, es Arturo, el novio de Lucía. Por favor, no la busques más, ella no quiere saber más de ti — Le dijo y cortó la llamada.

Efraín, insistió varias veces comunicarse, pero después de tres intentos, no llamo más. Lloré y lloré sin poder gritarle lo bajo que había caído y necesitaba hacerlo entrar en razón, pero era imposible mientras estuviera

atada y amordazada.

Capítulo VIII

Algo dentro de mí, me decía que Efraín no había creído en lo que Arturo le había dicho, solo confiaba en que Efraín me buscara hasta dar conmigo.

—Ahora sí, mi vida, ya nadie nos va a separar. Solo estamos tú y yo para siempre — Me dijo el muy demente mientras se acercaba a mí tratando de besarme a la fuerza.

—No te vas a salir con la tuya, Arturo ¡Reacciona, estas a tiempo! Me van a buscar y tú vas a estar detrás de las rejas ¡Suéltame cobarde! — Le grité y de alguna manera hice que se alejara de mí.

Arturo se fue molesto y me dejó sola en aquella habitación. Comencé a gritar hasta que me quedé sin voz. En ese momento, llegué a pensar en todo lo malo que me pudiera ocurrir hasta que mi tortura estaba a punto de terminar.

El mismo Arturo, después de arrepentirse buscó a Julia para decirle lo que había hecho conmigo y mi amiga se encargó de ubicar a Efraín a través de Carmen y fue así como lograron dar conmigo.

—¡Amiga, por Dios, dime que estás bien! — Gritó Julia al verme, mientras Efraín me desataba las manos y pies.

—¡Mi vida, no sabes cómo me asusté cuando Julia me comentó lo que estaba pasando! No puedo creerlo, con solo pensarlo, me quería morir, porque yo me muero si te llega a suceder algo malo — Me dijo al mismo tiempo que me besaba.

Yo, no podía hablar. Me dolía la garganta por haber gritado tanto, para que

alguien viniera a mi auxilio.

—Por un momento, llegué a pensar que no te iba a ver más, mi vida. Pensé tanto en ti, que sabía que eras tú cuando llamaste a mi móvil — Le dije mientras me abrazaba a su cuello —Gracias, amiga. Sé que, sin ti, Efraín no pudiera estar aquí, te lo voy a agradecer toda la vida — Mientras, nos abrazamos y llorábamos por la alegría.

Salimos de aquella horrible habitación y nos fuimos directo a la policía para poner la denuncia. Para mí, era muy importante que detuvieran a Arturo y lo pusieran detrás de las rejas y también le sugerí que le diera una orden para algún psiquiatra porque eso no lo hacía una personal mentalmente normal.

Apenas salimos de poner la denuncia, Efraín me llevó por primera vez a su casa porque temía por mi seguridad, si me quedaba en la mía. Nunca había aceptado una invitación de Efraín a su casa, siempre ponía miles de excusas para no llegar a ese formalismo, pero ya no tenía ninguna duda sobre mis sentimientos hacia él.

Después de ducharme, salí de su habitación con una de sus camisas, como si fueran un camisón para dormir y al parecer, había quedado tan sensual, que Arturo dejó caer el plato que llevaba hasta la habitación.

—¡No te preocupes por eso, mi vida! — Me dijo, al referirse al plato que se había quebrado —Te ves tan preciosa, no sabes todo lo que daría por verte aquí, todas las noches que me queden por vivir, Lucía — Me decía con una tierna sonrisa.

Efraín me tenía como a una de esas muñecas de porcelana, lo único que me faltaba era que me colocara detrás de alguna vidriera de tienda y con el aviso de “por favor no tocar”, por eso se asustó tanto con lo que me pasó.

—Gracias por ser tan lindo conmigo, Efra, mi vida. Ahora, quiero que olvidemos lo que sucedió hoy y nos dediquemos a ser felices — Le decía,

mientras me agachaba junto a él para ayudarlo a recoger lo tirado.

Efraín no me decía nada, no me daba una respuesta y comencé a dudar y llegué a pensar que su amor no era tanto como lo había pensado porque otro en su lugar me hubiera dicho que sí queríamos que fuéramos muy felices.

La noche estuvo normal, Efraín me llenó de atenciones y cariños. No podía tener ninguna queja por ese lado, pero yo seguía sin comprender como no me había respondido nada, ante mi casi propuesta de viviéramos juntos.

Cuando nos fuimos a la cama, pensé que ese iba a ser el momento ideal para que me respondiera. Me convertí en la más cariñosa de las novias, aunque no sabía si ya podía usar ese título.

Efraín era muy caballero, fueron pocas las veces que hicimos el amor durante la relación informal que tuvimos, porque él necesitaba darme el título de novia, era como su manera de saber que estaba haciendo las cosas bien y esa noche, no se escapaba de su formalidad.

—Buenas noches, mi vida. No olvide que te amo mucho — Me dijo mientras me daba un tierno beso.

Aunque esa noche no hicimos el amor sexual, me sentía plenamente satisfecha con el hombre que tenía a mi lado. Enseguida, me volteé para abrazarlo y así me quedé profundamente dormida sobre su pecho, mientras él me acariciaba mi cabello y así nos despertamos.

—Buenos días, mi vida ¿Pudiste descansar? — Me preguntó Efraín al verme despertar.

—Mi vida, buenos día. Sí, un poco. A tu lado siempre mi sueño es muy placentero ¿Y tú, dormiste bien? — Le respondí queriendo saber de él.

—Yo no pude dormir casi, mi vida. Sé que me pediste que no habláramos de lo ocurrido con Arturo, pero yo no dejo de preocuparme mientras las autoridades no den con su paradero. Pero, también estuve pensando otras

cosas que debo poner en práctica, ya después te enteraras. Por lo pronto, duermes un poco más, mientras yo te preparo algo, mi vida — Me dijo, tratando de compensar un poco el que yo aun siguiera con mi duda por no haberme respondido.

No pude medir el tiempo, pero desperté con un delicioso olor a canela, que me hizo agua la boca. Cuando abrí mis ojos, Efraín estaba frente a mí, con esa sonrisa tan hermosa y sus ojos tan enamorados, me hacían sentir en las nubes, con tan solo mirarlo.

El amor me había entrado primero por la nariz y necesitaba ver qué era eso tan delicioso que me había preparado con ese elemento exótico, como lo es la canela.

¡Pancakes! En forma de corazón, frutilla, mermelada y chocolate caliente con un toque de canela ¡Como para chuparse los dedos! No esperé mucho tiempo para admirar la decoración. Inmediatamente me senté en la cama y comencé a probar todo lo que me habían preparado. Efraín me veía y reía complacido, al ver que como siempre, me había fascinado su comida.

—Qué bueno, mi vida, que te haya gustado el desayuno. No quisiera romper la magia, pero debemos vestirnos para salir. Los dos estamos sin administrador y nuestra presencia es muy importante en la toma de decisiones, así que a levantarse — Me dijo, al mismo tiempo que me halaba las sábanas, jugando, para que terminara de despertar.

—Tienes razón, mi vida, debemos cumplir. Te confieso que tengo un poco de temor, sabiendo que Arturo, pueda aparecer en — Le dije muy preocupada.

—Voy a llamar al comisario para pedirle que me notifique, cuando haya alguna novedad — Me dijo y al mismo tiempo, sus palabras no pudieron quitarme el temor que sentía.

No podía esconderme toda la vida, necesitaba salir y llevar una vida normal,

alejada de todo mal pensamiento que estuviera relacionado con aquel día, que por más que quisiera, no lo iba a poder olvidar.

Efraín me llevó a la casa y me esperó para que me pusiera una ropa ejecutiva y de ahí, me llevó directamente al hotel, con la promesa que pasaría a buscarme. Ésa iba a ser mi rutina, hasta que todo volviera a la normalidad.

Estando en la oficina, hice memoria y recordé que Efraín, nunca me había respondido y con eso se me habían quitado las ganas de seguir imaginando una boda con él. Pensaba que después de cómo le había terminado, quisiera asegurarse primero de que está dando ese paso sin equivocación.

Después que Julia me llamara para conversar y saber de mí, me dio la buena nueva que se iba a buscar a José y que estaba decidida a ser feliz con él y les había dicho a sus padres que estaban en todo su derecho de sacarla de su herencia y me dejó muy sorprendida.

—¡Bravo, amiga! Me hace muy feliz esa noticia y no te pares por el dinero. Tú, eres una excelente profesional y estoy segura de que pronto vas a lograr tu propia fortuna, no pienses en eso por ahora — Le dije con mucha emoción.

—¡Gracias, Lucía! Eso haré, amiga, gracias por esos consejos tan valiosos. Pero, debo darte una noticia que te va a pegar mucho, como a mí — Me dijo, cambiando su tono de voz.

—¿Qué pasó Julia? Dime, no me pongas nerviosa — Le dije un poco inquieta.

—Se trata de Arturo. Está detenido y mañana lo van a juzgar — Me dijo con mucha tristeza.

Al oír esa noticia, me sentí muy afectada y comencé a llorar de tristeza. Después de haber sentido algo especial por Arturo, yo misma lo había llevado a la cárcel, pero era eso o mi vida. Lamentaba profundamente que un hombre terminara de esa manera por un ataque de celos.

—Me afecta un poco, todo lo que le está pasando, pero el mismo se lo buscó amiga — Le respondí.

Al final de la tarde, tal y como me había dicho Efraín, me pasó buscando en las afueras del hotel y apenas me subí a su coche y me dio la noticia de que habían condenado a Arturo a tres años de prisión por la torpeza de sus celos.

—Discúlpame mi vida, pero no me puedo alegrar por el dolor ajeno — Le dije, al ver que Efraín me comentaba entre risas.

—No te pongas así, Lucía. Yo, lo menos que quiero es hacer de esta noticia, un gran show, así que cambiemos el tema — Me dijo un poco apenado por su actitud.

—Está bien, mi vida. Ya puedo estar más tranquila, así que puedo regresar a mi casa con toda seguridad — Le dije para ver si alejado de mí, se inclina un poco a enseriarse.

No me atrevía a pedirle que fuéramos novios formales. Tantas veces que él me lo pedía y yo siempre salía con un rotundo no. Tal vez, se le hayan quitado las ganas de que eso sucediera.

Me bajé del coche de Efraín y desde su ventana, le di un beso pícaro, de esos que te dejan con ganas de completarlo y entré sonriendo a mi casa. Después de saludar a la señora de servicio que había llegado, me fui hasta mi habitación y pude dormir en completa paz.

Los días continuaron normales, en la vida de Efraín y la mía. Por su lado, Julia se había ido a buscar a José, pero me iba a morir de ganas por saber lo que estaba ocurriendo por el tema de la señal telefónica. Me tocaba esperar con mucha paciencia hasta que ella me pudiera escribir o llamar.

Efraín estaba actuando un poco extraño. En ocasiones, estaba muy disperso y en otras, era tan atento que lograba confundirme. Al final de la semana, me vino a la mente un pensamiento por su actitud, cada vez que sonaba su móvil,

se retiraba para contestar la llamada y luego, regresaba bastante nervioso. Para mí, se trataba de otra mujer, pero necesitaba pruebas porque no quería seguir tan intrigada después de haber sido tan feliz con él.

Cuando llegó el sábado, Efraín me invitó para una fiesta en la playa. Me gustó mucho la invitación y consideré que esa iba a ser la oportunidad de ver si en esa fiesta iba a estar esa otra supuesta mujer que merodeaba en mi cabeza. De ser así, iba a encarar a Efraín de una vez.

—Mi vida, en dos horas paso por ti, así que ponte guapa — Me dijo, muy emocionado.

No quise ponerme guapa, si no, más guapa de lo que quería Efraín porque si esa otra mujer iba a estar en la fiesta, le iba a hacer ver que yo soy la mejor entre las dos. Dejando a un lado el narcicismo, me vi en el espejo y estaba preciosa, como si me fuera a casar en la playa, estaba dispuesta a luchar por mi Efraín con cualquier otra mujer.

Mientras me admiraba una y otra vez frente al espejo, Efraín estaba llegando y comencé a temblar, muy nerviosa, como si se tratara de una primera salida con él.

—¡Oh, mi vida! ¡Estás realmente hermosa! Pareces una princesa o, mejor dicho, pareces una sirena porque vamos a una fiesta en la playa. Las mismas sirenas se morirán de envidia al verte llegar — Me dijo como un cumplido que me hizo soltar una carcajada.

—Efra, mi vida, eres un exagerado ¡Vamos! Es algo tarde — Le dije, después de saludarlo muy emocionada.

Comencé a indagar dentro del coche para ver de qué se trataba la fiesta, pero Efraín se complicaba en sus respuestas y ya y estaba comenzando a incomodar. Por primera vez me sentía enojada con él, pero traté de que la discusión se diera en otro momento porque no pretendía que me vieran de

mal humor. Así que me preparé mentalmente para disfrutar.

—¿Y los invitados, mi vida? — Le pregunté a Efraín al ver que la playa estaba completamente sola.

—Al parecer llegamos muy temprano, mi vida. Pero, quítate las zapatillas y vamos a caminar por la orilla de la playa, mientras se hace la hora — Me dijo y me pareció una excelente idea.

Mientras caminábamos, Efraín estaba en silencio y yo comenzaba a inquietarme otra vez.

—Te conozco muy bien, Lucía. Ya deja de pensar locuras en tu cabecita, mi vida — Me dijo como si estuviera leyendo mi mente —Recuerda que tenemos mucha conexión — Recalcó para que no tuviera dudas.

En ese momento, fui yo la que se quedó en silencio y continuamos caminando, mojando nuestros pies con la espuma de las olas. Tomados de las manos, llegamos al muelle y ahí, Efraín me hizo subir a una embarcación y ya no estaba entendiendo de qué se trataba.

Supuse que la fiesta era en otra isla y no quise preguntar, pero al ver los hermosos paisajes, me di cuenta de que solo faltaba mi cámara para capturar tan hermoso panorama.

Cuando llegamos a la orilla de la isla, Efraín me cargó entre sus brazos para que no mojara mi vestido y nos fuimos caminando hasta el restaurante y ahí, me impresioné tanto, que por un momento creí que iba a caer desmayada.

—¿Estás bien, mi vida? — Me preguntó Efraín, inmediatamente al ver mi cara muy pálida.

—¿Qué es todo esto, mi vida? — Le pregunté con una sonrisa después de sentirme recuperada.

—Esto es lo que he estado planificando durante un par de semanas, por eso es por lo que me veías extraño y atendiendo las llamadas a escondidas. Te traje

aquí, porque quiero que este día sea especial, sea nuestro y que no lo olvidemos jamás — Me dijo, mientras me tomaba de las manos y me llevaba al centro del restaurante que estaba hermosamente decorado y con una sola mesa y dos sillas, realmente era solo para nosotros dos.

Yo, estaba sin palabras, atónita realmente, pero me sentía la mujer más amada de todo el planeta. Apenas estábamos en el centro y comenzó a sonar un vals. Efraín me tomó por el brazo y como si fuera un cuento de hada, comenzamos a danzar y de pronto, la música se detuvo y Efraín se arrodilló, al mismo tiempo que sacaba de su bolsillo una cajita.

—Mi vida, quiero que me escuches atentamente porque he soñado con este momento mágico. Desde hace un tiempo, supe que eras la mujer de mi vida, a ti te costó un poco conmigo, pero a veces creía que me estabas poniendo a pruebas y si era así, las he pasado todas porque hoy, estoy aquí contigo. Quiero que me permitas caminar a tu lado como tu novio, como tu prometido y como tu esposo. Por eso, quiero preguntarte ¿Te gustaría casarte conmigo?

— Me dijo, mientras abría la cajita y se veía el reluciente anillo.

Me iba a dar una cosa, algo me tenía que ocurrir para saber que realmente no estaba soñando, que lo que estaba viviendo, era real hasta que después de un par de minutos de suspenso, me atreví a responder.

—A esa pregunta, solo le falta una respuesta y es ¡Sí, sí acepto! — Le respondí con un grito por la emoción.

Efraín se levantó y colocó el hermoso anillo en mi mano y las luces del restaurante, se fueron encendiendo.

—¡Felicidades! — Salió Julia gritando y la seguía Carmen quienes eran testigos del amor que Efraín y yo nos teníamos.

—¡Qué bueno es verlas aquí! Gracias mi vida por traerlas. Me has hecho muy feliz, no sabes cuánto — Le dije mientras me secaba un par de lágrimas de

felicidad —¡Ya somos novios formales, mi vida! — Le grité muy conmovida —¡Me voy a casar, no lo puedo creer! — Les decía a Julia y a Carmen quienes gritaban conmigo muy emocionadas.

Quise preguntarle a Julia por José, pero no era el momento apropiado, solo tenía que dedicarme a disfrutar y le agradecía a la vida por tantos momentos de felicidad.

Pasamos ese fin de semana en familia. Julia y Carmen terminaron por adorar a Efraín y comenzaron a decir que era como ese hermano mayor que todas quería porque era muy familiar y eso lo hacía ser un gran hombre.

A cada momento, Efraín y yo nos estábamos besando por doquier, era nuestra manera de demostrarnos todo el afecto que nos teníamos el uno para con el otro. No dejamos de recorrer la playa y disfrutamos del sol y jugábamos con las olas de la mar, pero esa vez lo hicimos como una pareja de recién casados, como muchos decía que parecíamos. Julia y Carmen se habían ido al día siguiente y nosotros nos quedamos solos, para disfrutar de nuestra intimidad, sin ninguna interrupción.

Después del sol de la piscina que quisimos tomar en la tarde, Efraín y yo, terminamos en la ducha de la habitación. Aun con nuestros cuerpos mojados, Efraín me tomó por el cuello con sus manos. A pesar de que estábamos muy bronceados, pudimos darnos esas caricias que nos encendían nuestros cuerpos.

—Eres tan bella, tan mía, mi vida, mi Lucía — Repetía susurrándome al oído, Efraín, mientras hacíamos el amor debajo del agua.

Con mucha delicadeza, Efraín me hizo llegar una vez más hasta las nubes, después de un gemido de placer que ambos hicimos como si hasta en ese acto, nos complementáramos de una manera que no se podría explicar.

Agotados por el largo día, nos fuimos a la cama y después de unas copas de

vino, nos quedamos dormidos, disfrutando de nuestros cuerpos desnudos y al despertar, aun creía que estaba viviendo en un sueño.

Al abrir mis ojos, la habitación se llenó como por arte de magia, de ramos de gladiolas, como si de la playa, algún mago me hubiese traslado a un jardín, a un hermoso jardín de gladiolas. Me senté en la cama para contemplarlas y enamorarme con su rico perfume y al mirar a Efraín parado frente a la cama, como el protagonista de esa gran historia de amor, le pedí que se acercara.

Lo halé por su camisa y se dejó envolver entre las sábanas y con unos besos muy cálidos, terminé por quitarle la ropa y dejarlo como yo, completamente desnudo en la cama. Hicimos nuevamente el amor, con dulzura y pasión, una mezcla explosiva que nos funcionaba a la perfección. Pero, ya se acaba la magia porque debíamos regresar.

—¡No, no quiero irme de aquí, mi vida! — Le decía mientras sostenía el marco de la puerta como si estuviera a punto de caerse.

Efraín no paraba de reír y de decirme que yo estaba loca, pero ya quería regresar para comenzar con los preparativos de la boda, a la que no le habíamos dado una fecha.

Ordené que llevaran mis gladiolas hasta mi casa, sin importar el costo de su traslado, pero no podía dejarlas morir, al menos no, en tan corto tiempo.

Cuando llegué a la casa, encendí la laptop para pasar las fotos que había tomado con mi móvil y recordé que Arturo me había tomado al menos, cuatro fotografías al desnudo y me preocupaba mucho porque en las manos de quien cayera, me podía perjudicar.

Me sentía muy preocupada al pensar que, si esas fotos caían en manos de algún extorsionador, mi reputación se podría ver manchada ante las redes sociales, pero cómo podía recuperarlas, si Arturo estaba detenido en una prisión. Dudaba mucho que pudiera encontrarlas, pero, aun así, no perdí las

esperanzas y tuve una gran idea.

Inmediatamente llamé a Julia para preguntarle si aún conservaba las llaves de la casa de Arturo y también quería saber cómo le había ido con José y de una vez preguntarle si quería ser una de las madrinas de nuestra boda.

Capítulo IX

Marqué al móvil de Julia en varias oportunidades, sin tener ninguna respuesta, hasta que tarde en la noche, ella me regresó la llamada.

—¡Lucía, vi todas las llamadas perdidas! ¿Estás bien, amiga? — me preguntó con un tono de voz de preocupación.

—Julia, amiga me siento muy preocupada ¿Recuerdas las fotos en la cámara de Arturo? Después de lo que pasó, siento temor de lo que pueda hacer con ellas, él va a querer perjudicarme de alguna manera, lo sé, lo presiento — Le dije mientras secaba mis lágrimas.

—No te preocupes, ese día, por la rabia, borré todas las fotos, dejé la memoria en blanco, así que no tienes nada de qué preocuparte — Me dijo y en ese momento, sentí que me volvió el alma al cuerpo.

—¡Gracias amiga! ¿Te he dicho que eres la mejor? Si no lo he hecho, pues, eres la mejor amiga — le dije, mientras saltaba de alegría — Necesitamos vernos, tú y Carmen, son mis madrinas de boda, ahora te corresponde correr para ayudarme, pero tienes una ventaja enorme, están en tus manos todos los contactos y mira que quiero esas gladiolas en la iglesia — Le dije sonriendo.

—¡Ajá! Voy a ir con Efraín para allá — Me dijo al mismo tiempo que se burlaba de mí por lo que le había hecho con Arturo.

—¡Eres una malvada! — Le respondí, ante su broma.

Así, duramos un rato, haciendo bromas, al mismo tiempo que conversábamos

sobre las particularidades que quería para mi boda con Efraín.

Carmen, Julia y yo, nos habíamos convertido en una especie de clan, nos volvimos aún mejores amigas y con su apoyo, pude sacar adelante mis planes de boda, como siempre lo había soñado.

Unos meses después, ya me encontraba vistiéndome y me sentía en un cuento de hadas.

—Lucía, hija ¡Apresúrate! ¿No querrás hacer esperar a Efraín en la iglesia o sí? — Me preguntó mi madre, mientras abría la puerta de mi habitación en su casa.

Volteé a mirarla y mis ojos se nublaron por la emoción de verme frente al espejo, vestida de novia, era algo increíble. Había soñado con ese momento tan importante en mi vida. Mi madre entró y me abrazó, haciendo que mi voz se quebrara por la alegría que me causaba verla conmigo, el día más feliz de mi vida.

—Gracias por estar aquí, este es el día más importante en mi vida, madre. Con Efraín, he aprendido lo que es el verdadero amor, que va más allá del deseo carnal, es mucho más que eso. Él me enseñó a amarme como soy y así él me acepta y madre ¡Lo amo! — Le decía a mi madre, mientras ella terminaba de arreglarme el vestido.

—Me siento muy feliz, porque sé que tú lo estás — Me dijo mi madre, secándose cuidadosamente una lágrima, para no dañarse el maquillaje —Ven, quiero que lleves puesto estos aretes, que eran de mi madre y yo los llevé en mi boda con tu padre. Quiero que los tengas siempre y que sea un símbolo de buena suerte en este momento y una muestra de la felicidad que tu padre y yo, hemos tenido por años — Me comentaba mi madre, al mismo tiempo que me colocaba los aretes en mis orejas.

Le había pedido a mi madre que ya debíamos parar de llorar, parecía que, en

vez de una boda, íbamos a un funeral, como si alguien hubiese fallecido. Ella sonrió y me dio la razón y después de tomar el ramo de gladiolas en mi mano, bajamos las escaleras.

Me sentía radiante, como si estuviera naciendo en ese momento, llena de vida y de una vida que quería compartir para siempre con Efraín. Mientras bajaba, Julia y Carmen me observaban desde abajo, con sus rostros llenos de emoción.

—¡Estás preciosa, hermanita! — Me gritaba Carmen, secándose las lágrimas.

—Amiga, que Dios te bendiga, preciosa — Agregó Julia también conmovida.

—¡Ya no lloren más, se me va a correr el maquillaje! Estamos de celebración, así que vamos, me está esperando el hombre de mi vida en la iglesia — Les dije, mientras todas salíamos hasta la limosina que nos aguardaba.

Me sentía muy nerviosa y feliz, era una mezcla de emociones, una combinación de alegría, pero que me daban ganas de llorar.

Cuando llegamos a la iglesia y me bajé del coche, las piernas me temblaban y me costaba un poco caminar. Moría de ganas por ver a Efraín y quería impactarlo con mi presencia. Al entrar, del brazo de mi padre, todos se pusieron de pie y yo solo tenía mi mirada fija en el altar, viendo lo hermoso que estaba decorado con las gladiolas que había seleccionado y a la derecha, estaba Efraín.

Mi emoción no la podía ocultar, con una sonrisa nerviosa y las lágrimas que dejé correr sin importar que se me dañara el maquillaje, mi padre me entregó a Efraín.

—Efraín, te entrego a una de mis hijas. Ella es uno de mis tesoros ¡Ámala y respétala! — Le dio mientras me daba un beso en la mejilla y se iba a incorporar al lado de mi madre.

Efraín y yo, nos miramos con ganas de abrazarnos y darnos un beso, pero debíamos mantener la cordura porque estábamos en la casa de Dios.

Mientras se celebraba la misa, volteé a mirar a los invitados y pude notar a la madre de Efraín, bastante conmovida, quizás porque hubiera querido que su esposo nos estuviera acompañando, pero lamentablemente había fallecido desde hace mucho tiempo. Del otro lado, mi madre, secaba sus lágrimas y sonreía mientras le tomaba la mano a mi padre que le acariciaba su rostro. Mi hermana, le murmuraba cosa al oído a Julia, quien también se había convertido en su mejor amiga y sonreían. Todos estaban tan felices como nosotros.

Después que nos besamos para sellar el momento en el que nos habían dado la bendición a nuestra unión, salimos de la iglesia y todos venían detrás de nosotros, coreando ¡Que vivan los novios!

Las felicitaciones de nuestros seres queridos eran una muestra de la felicidad que apenas estaba comenzando en nuestra vida de casados. Inmediatamente, nos subimos al coche y antes de llegar a la fiesta, le pedimos al chofer que se detuviera en el mirador aquel, donde me di cuenta de que realmente amaba a Efraín.

—Mira, mi vida. El cielo está igual que aquel día, cuando regresamos de aquella pausa que fue tan necesaria para nosotros. Ves, así de felices no quiero que estemos, vamos a serlo, mi vida ¡Gracias, Dios! — Gritó en pleno mirador y todos aplaudieron al vernos.

Parecíamos dos locos, literalmente recién escapados de una boda. Nos reíamos, nos abrazábamos y nos besamos, quedando en el medio del camino. Nos perdimos por unos minutos, en un mundo que creíamos que era de los dos y en ese beso que nos transportó ahí, hasta que el chofer nos recordó donde estábamos.

—Señora Lucía, debemos irnos, están esperando en la fiesta — Nos gritó desde el coche, el chofer.

—¡Sí, señor Antonio, ya vamos! — Le respondí muy avergonzada.

Enseguida me levanté un poco mi aparatoso vestido y de la mano con Efraín, nos subimos. En el camino, íbamos riendo, como si nos olvidáramos de cualquier problema que pudimos haber tenido. No cabíamos de tanta felicidad y al llegar al salón donde iba a ser la celebración, terminamos de confirmar que todo estaba de nuestro lado al ver que Julia y Carmen, habían logrado todo lo queríamos en nuestra boda de ensueño.

Mi cara de asombro no era normal y Efraín, sonreía al verme, como si fuera una niña en su fiesta de quince años. Las flores en las lámparas, las mesas decoradas, los colores, la música, todo estaba dispuesto a la perfección.

—¡Llegaron los esposos! Gritaron todos y se levantaron para aplaudir.

En ese momento, una lluvia de pétalos blancos descendía del techo, como símbolo de la pureza del amor que sentíamos Efraín y yo. Comenzaba a sonar la marcha nupcial y nos anunciaba que teníamos que iniciar el baile de los esposos y así lo hicimos.

Fueron muchas las horas que con los invitados compartimos, hasta que nos había llegado ese tan anhelado momento de partir a nuestra primera noche de bodas.

Salimos como dos ladrones, huyendo por la puerta trasera del lugar, sin despedirnos ni de nuestros padres, solo Julia se dio cuenta y la vi sonreír. Parecía algo extraño, pero lo que se acostumbraba a hacer cuando los esposos se iban.

Nos fuimos a la casa de Efraín, con eso, estábamos rompiendo la tradición de la noche de bodas, donde todas las parejas se hospedan en lujosos hoteles como símbolo de abundancia en el amor.

Gratamente, quedé sorprendida ante el maravilloso trabajo que habían hecho las empleadas de mi hotel, con la romántica decoración para esa noche tan especial.

—Esto es demasiado hermoso, mi vida — Le dije mientras lo abrazaba — Nos merecemos cada uno de estos detalles y quiero que los conservemos de por vida, así nuestra relación siempre será de novios ¡Seremos eternamente, novios! — Grité y en seguida le pedí a Efraín que pasáramos a la habitación.

Por todo el pasillo, había un gran camino de pétalos y al entrar a la habitación, el perfume de las gladiolas impregnaba el lugar las velas encendidas, creaban el ambiente más romántico en el que jamás hubiera estado. En la mesa de noche, una botella de champagne y dos copas con bordes dorados, estaban listas para saciar nuestra sed. Para complementar, la música de fondo, la ponía Efraín con cada una de sus palabras, susurrándome al oído lo mucho que me amaba y eso, eso era música para mí.

—Deja que esta noche, hagamos el amor, como si fuéramos dos grandes amantes que tienen mucho tiempo sin verse, porque así me siento, deseándote y también nervioso, porque ésta es nuestra primera vez, pero como esposos — Me dijo cerca del oído.

Cuando traté de responder, Efraín no me dejó continuar comenzó a darme besos en el cuello muy delicadamente y bajaba hasta mis hombros, me estaba desesperando el no poder tocar sus labios con los míos y en ese momento, le tomé las manos e hice que se detuviera, quedándonos frente a frente. Al verlo así, tan compenetrado con mi mirada, me acerqué muy lentamente y comencé a besarlo.

Nos integramos con ese beso y con mansos movimientos, nos fuimos desnudando, hasta que las ganas se hicieron más fuertes, apoderándose de nuestra razón que nos hizo caer en la cama. Sin quitarnos la mirada, Efraín y yo, hicimos el amor como nunca, con el corazón más enamorado.

Efraín, acariciaba cada parte de mi cuerpo como si estuviera cubierta por el terciopelo de un pétalo de rosa y esa noche, me sentí vibrar al alcanzar cada orgasmo hasta quedar completamente saciada por el placer.

Efraín se acostó a mi lado y pude ver reflejado en su rostro, la misma mirada que tenía, aquella vez que hicimos el amor por primera vez. Me quedé mirándolo y él, sonrió dulcemente y después de un beso que tiernamente le di, se quedó profundamente dormido. Yo me acosté sobre su pecho, tenía sueño, pero comencé a recordar lo que me había pasado para llegar a esto, la felicidad plena, pero al igual que él, me quedé profundamente dormida.

Cuando despertamos, nos tomamos de la mano, había sido algo inconsciente, como si ellas tuvieran un imán.

—Buenos días, esposo — Le dije mientras le daba un beso y me abrazaba a su pecho.

—Buenos días, esposa ¡No sabes cómo soñé este momento! — Respondió después de un suspiro —No me quiero levantar, me provoca que pasemos el día, así de juntitos — Me dijo, mientras nos cubríamos con la sábana.

—¡Espera mi vida! — Grité, mientras me sentaba en la cama —¿No recuerdas nuestros planes de hoy? Tenemos que tomar un crucero, mi vida ¡Nuestra luna de miel, en el mar, nos espera! — Le dije con mucha emoción.

—¡Sí, es cierto, mi vida! ¿Cómo lo olvidé? Vamos a levantarnos, quiero que estemos en la proa del crucero y hagamos la pose del Titanic — Me dijo, al mismo tiempo que nos levantamos.

El equipaje, estaba listo. Julia y Carmen se habían ofrecido a llevarnos y en cualquier momento se acercarían y así fue. En unos pocos minutos, ya estaban tocando la corneta del coche de Carmen y estaban afuera, esperándonos para despedirnos.

—¡Apresúrense, señores esposos! — Gritaron cuando nos vieron salir de la

casa e inmediatamente se echaron a reír como un par de niñas traviesas.

Mientras íbamos en el coche, Julia y Carmen nos contaban cómo terminó la fiesta y para dicha de nosotros, todo había salido a la perfección y los invitados se fueron contentos, como cosa rara, porque al final, siempre terminan hablando de esto o aquello.

—¡Es aquí, detén el coche! — Le grité a Carmen, al ver que habíamos dejado unos metros atrás la entrada para el crucero.

Todos, comenzamos a reír sin parar. Mi hermana había resultado ser una mujer muy jovial y bromista, cosa que no conocía de su carácter y eso me agradaba.

—¡Vayan, que los va a dejar el crucero por mi culpa! — Nos dijo Carmen mientras bajamos el equipaje y nos despedíamos.

Por poco y nos tocaba salir corriendo, pero pudimos llegar a tiempo para subir con calma al crucero. Apenas zarpamos, no ubicaron en un camarote especial, como lo había solicitado Efraín ¡Otra gran sorpresa! Fue lo que pensé al ver las gladiolas en el lugar. Hasta con los ojos cerrados podía reconocer su aroma y eso hice, cerré los ojos e inhalé su perfume. Por la emoción, volteé a abrazar a Efraín y con mi mirada, le transmití el amor y la admiración que le tenía por todo lo que estaba haciendo por nuestra relación.

—¡Te amo, mi vida! Nunca me cansaré de decirlo, eres mi mejor elección en la vida. Si me dieran la oportunidad en otra vida, te volvería a elegir a ti — Le dije, mientras lo besaba.

Efraín tomó una de las gladiolas y me la ofreció, al mismo tiempo que sacaba de su equipaje de mano, una cajita alargada y al abrirla, vi la hermosa gargantilla de oro que me tenía de sorpresa.

—Este pequeño presente es para ti, tiene nuestros nombres y quiero que la lleves siempre contigo, así como siempre vivirá este amor entre nosotros. Yo,

también te elegiría mil veces, mi vida ¡Te amo! — Me dijo, mientras nos abrazábamos.

Inmediatamente, me miré al espejo y me quedé observando la belleza que tenía en mi cuello y volví a agradecer a Efraín por tan bonito detalle. Yo, no le había comprado nada y sentí un poco de vergüenza, porque la equidad era uno de mis principios que no podía abandonar.

Mientras recorríamos el espectacular camarote para ver la maravillosa vista que nos ofrecía, nos dimos cuenta de que ya era la hora de subir a la superficie para el coctel de bienvenida. Me vestí con un exótico vestido de colores, el cual combiné con el short de Efraín. Parecíamos dos modelos de revista y con mi cámara, grabé para nuestra bitácora, las primeras fotos de nuestra vida de casados.

—¡Bienvenidos al crucero de los recién casados! Aquí van a pasar los mejores primeros días de su nueva vida ¡Brindemos! — Gritó el capitán del barco y seguidamente los músicos de la orquesta comenzaron a tocar.

Ese primer día, Efraín y yo bebimos hasta embriagarnos por primera vez, juntos y, aun así, los dos nos disfrutamos muy respetuosamente. Cuando desperté, lo vi tan profundamente dormido, que me levanté haciendo un poco de silencio y me senté en uno de los sillones a pensar.

La vida, siempre nos pone entre dos caminos. A mí, me toco elegir entre la fotografía y la administración y profesionalmente, elegí la segunda y así, aprendí a amar mi carrera universitaria. También tuve que elegir entre dos sentimientos, la amistad verdadera y lo que creía que era amor, cuando opté por apoyar a Julia, aunque iba a perder el supuesto amor de Arturo y aún conservo la amistad de ella y luego, me tocó la dura elección entre el verdadero amor y la lujuria y me quedé con Efraín, sin duda, mi mejor elección.

Y así, se nos presentan muchas pruebas y después de algunos tropiezos, aprendemos por qué suceden las cosas, por qué no se nos algo cuando lo queremos y nos empeñamos en conseguirlo y esa no es la señal, porque lo que se debe aprender, es que no es cuando se quiere, es cuando se está preparado para recibir y de ser así, yo ya estaba preparada para ser feliz, por eso estaba viviendo ese gran momento en mi vida.

—¡Lucía, mi vida! ¿Qué haces ahí sentada? ¡Ven a la cama a hacerme compañía! — Me gritó Efraín.

—Buenos día, mi vida — Le dije, mientras le daba un beso —Estaba sentada, viéndote dormir y filosofando un poco sobre mi vida y lo feliz que soy en este momento — Le respondí y me metí debajo de las sábanas para acostarme junto a él.

—Seguramente, pensabas en todo lo que había cambiado nuestra vida. Yo, me siento muy feliz y siempre estuve preparado para vivir enamorado de una mujer, solo faltaba que llegaras tú a mi vida para se concretara, yo también supe elegir bien — Me dijo sin parar de besarme.

Nos quedamos en la cama hasta el mediodía, pero el hambre ya no nos dejaba continuar en la cama porque estábamos muy desgastados de tanto amor y nos colocamos nuestros trajes de baño y subimos directamente al restaurante del barco para luego darnos un chapuzón en una de las piscinas.

Cada día que pasamos en el crucero, estaba lleno de magia. Entre las clases de buceo y los paseos con los delfines, me sentía muy emocionada con cada experiencia. Efraín y yo parecíamos hecho él uno para el otro, no había nada a lo que le dijéramos que no. Nos convertimos en la pareja de esposos número uno porque terminamos ganando cada una de las apuestas de los juegos de azar y eso nos hizo muy populares.

En la noche, fuimos a la discoteca del barco y por un momento, la sonrisa que

había construido en base a lo feliz que estaba, se había borrado, al ver la firma de Arturo en un cuadro fotográfico. Efraín notó mi cambio y enseguida, quiso indagar el porqué de mi reacción.

—¿Estás bien, mi vida? — Me preguntó, mientras acariciaba mi cabello al ver que yo estaba un poco distraída mirando la imagen.

—Sí, estoy bien, mi vida. Esa foto tiene el nombre de Arturo y por un momento me imaginé lo mal que la debe estar pasando en la cárcel, por su locura. Pero, no es nada, sigamos en lo nuestro — Le dije, al mismo tiempo que le daba un beso y colocaba la copa en la mesa y me lo llevé a la pista a bailar.

Nuestra luna de miel transcurrió dentro de aquel crucero, donde pudimos vivir todas las maravillosas experiencias y estaba segura de que mi cámara fotográfica tenía la memoria llena con lo que luego se iba a convertir en un hermoso recuerdo.

Tres semanas, las suficientes como para no querer tomar sol por mucho tiempo. Tanto tiempo de diversión que tuvimos durante esos días maravillosos en el crucero, que realmente no queríamos regresar a la realidad de la ciudad, pero la distracción, se había terminado, más no, nuestra luna de miel.

—Hoy se termina, mi vida. Nuestra luna de miel en este crucero acaba hoy, pero nosotros la vamos a continuar de por vida — Me dijo Efraín, mientras guiñaba uno de sus ojos.

La picardía en su expresión me hizo ver que podíamos lograr mantener viva la llama del amor en nuestro matrimonio y solo quedaba la esperanza de cultivar nuestro amor y que no se quedara en palabras al aire.

Al llegar a la ciudad, nos dedicamos a continuar siendo felices, compartíamos con nuestras familias y siempre teníamos un espacio para nosotros dos.

Salíamos al cine y nos íbamos a bailar de vez en cuando, no teníamos ninguna rutina, con Efraín, todo era improvisado y esa virtud, hacía que cada día, fuera el más feliz de mi vida.

En uno de esos fines de semanas en los que solíamos recordar nuestros días de películas, recibimos la llamada de Julia, desde el exterior. Después de algunos meses, se había decidido a ser feliz con José, su único y gran amor.

—¡Hola queridos! — Gritó inmediatamente que contesté la llamada y activé la bocina del altavoz —Les tengo noticias, pero necesito que, por favor, se sienten ¡Son los padrinos de mi boda con José! — Nos dijo muy emocionada —Y no les estoy preguntando, solo se los estoy informando — Continuó muy risueña.

Efraín y yo, nos miramos a las caras y soltamos una carcajada ante la manera tan particular que tuvo Julia de darnos esa notificación.

—¡Enhorabuena, amiga! Aquí estoy con Efraín y los dos les mandamos un abrazo inmenso para ti y José — Le grité.

—Estamos muy complacidos en que nos hayan elegido para ser sus padrinos, es realmente un honor — Les dijo Efraín.

Después de una larga conversación, Julia nos hizo aún más emocionante la llamada al decirnos que se había embarazado y esa razón y su amor por José, le habían hecho tomar esa decisión.

Capítulo X

El tiempo corría y nuevamente estábamos ante la víspera de un matrimonio, en el que yo, tenía que organizar todo otra vez, pero la sencillez y madurez con la que contaba José me hizo todo más fácil para unir sus gustos a los extravagantes agrados de Julia en tan solo quince días.

Con todo dispuesto para la celebración, la boda de mi mejor amiga se dio a lo grande, a pesar de las locuras que aún conservaba, Julia había madurado un poco y todos esperábamos ansiosamente la llegada d su primer hijo. El pequeño nos llenó nuestra vida de alegría y crecía muy feliz a lado de sus padres.

Tres años después, para la celebración de mi cumpleaños número treinta, Efraín me organizó una gran fiesta, muy al estilo de los carnavales venecianos, con máscaras y disfraces medievales.

—Me fascina como te ves con esa máscara mi vida — Me dijo Efraín al verme con mi traje —Espero que disfrutes mucho en este maravilloso día — Me deseó con sinceridad.

Durante la fiesta, pude reconocer a muchos de los invitados, pero otros pasaban desapercibidos por los aparatosos disfraces. Cuando estaba terminando la fiesta y casi no marchábamos del salón, se acercó a mí un hombre. Vestía de caballero medieval y no pude reconocerlo de inmediato.

—¡Lucía! — Gritó el hombre mientras se acercaba —¡Soy Arturo! —Me dijo mientras se quitaba el antifaz.

Efraín inmediatamente se paró frente a mí, para protegerme de su maldad. Yo me quedé paralizada por el susto, no tenía idea que ese hombre que había logrado hacerme daño, estuviera en libertad.

—No te asustes, Lucía. Vine, porque me enteré en la prensa de tu cumpleaños y necesitaba venir a pedirte perdón, bueno, quiero pedirles

perdón a los dos y desearle desde lo más profundo de mi corazón, que sean muy felices. No pretendo nada más. ¡Adiós, Lucía! — Se despidió y salió.

Efraín, al ver que me había quedado en silencio, volteó para abrazarme, pero fue tanta la impresión de ver a Arturo libre, que caí al piso, desmayada.

Unas horas después, desperté en una de las habitaciones de la clínica de Julia y lo primero que vi, fue a Efraín que me tenía tomada de la mano. Detrás de él, estaban mis padres, mi hermana y Julia. Todos con sus caras de preocupación y terminé por alarmarme.

—¿Qué me pasó, por qué estoy en la clínica? — Pregunté un poco confundida.

—Estas en la clínica de Julia, mi vida. Te hemos traído aquí porque te desmayaste cuando viste a Arturo ¿Lo recuerdas? ¿Cómo te sientes? — Me respondió Efraín muy sutilmente.

—Sí, lo recuerdo mi vida. Me duele la cabeza, solo un poco — Le respondí, mientras trataba de sentarme.

—Amiga, qué bueno que ya estas mejor, porque tenemos que darte una noticia ¡Adelante, Efraín! — Dijo Julia, mientras acercaba más a Efraín de mí.

—Mi vida, no sé cómo decirte esto, pero ¡Estamos embarazados! — Gritó Efraín mientras todos aplaudían.

En mi rostro, se reflejó la confusión porque no era algo planificado. Por un momento dudé de lo que me estaban diciendo, pero al ver el rostro desconcertado de Efraín, me di cuenta de que se trataba de la verdad. Apenas todos se dieron cuenta que yo no estaba celebrando la noticia, se salieron de la habitación para dejarnos a solas.

—Esto no puede estar pasando, mi vida ¡Yo no puedo estar embarazada, si yo me estaba cuidando! No recuerdo haber fallado con las píldoras — Le decía a

Efraín, muy nerviosa.

—Mi vida, cálmate por favor. No es el momento para analizar en qué fallamos. Recuerda lo que siempre dices, que Dios hace las cosas con un fin y en nuestro caso, es unirnos cada vez más ¡Es una bendición! — Me decía Efraín, tratando de hacerme entrar en razón.

Comencé a llorar sin parar, la noticia de mi embarazo me alegraba, pero me entristecía. Me sentía confundida, con un temor a que Efraín me dejara porque mi cuerpo iba a sufrir los cambios que implicaban traer un bebé al mundo.

—Vas a dejar de quererme ¿Verdad? Cuando me ponga gorda y fea, vas a dejar de amarme, lo sé — Le decía entre el llanto.

—Pero, qué dices, mi vida ¿De dónde sacas eso? Te voy a amar más, cuando te vea gordita porque eso me va a recordar que me has dado el regalo más hermoso del mundo, un hijo nuestro. Ya los amo a los dos — Me respondió, al mismo tiempo que ponía su mano sobre mi vientre y me abrazaba.

¡Todo me parecía una locura! En ese momento, ya esas hormonas me estaban moviendo mis sentimientos. Me sentía feliz, pero también triste, como una mezcla de aceite y sal.

Estuve encerrada en mi casa y por unos cuantos días, lloré y lloré porque me sentía muy feliz. Efraín se mantenía todo el tiempo a mi lado, hasta que esa primera etapa fue superada y las lágrimas se habían alejado, para poder asimilar lo que realmente me estaba ocurriendo.

—¡Voy a ser madre! estoy tan feliz, mi vida. Aun no puedo creer que vayamos a tener un bebé que crece aquí en mi pancita — Le decía a Efraín, mientras tocaba el pequeño bulto que comenzaba a reflejarse en mí.

—Sí, mi vida — Me respondió Efraín y apenas fue lo que pudo pronunciar porque comenzó a llorar por la emoción.

Reunimos a la familia para celebrar la noticia, aprovechando que mi depresión hormonal ya había pasado. Esa tarde, con el reencuentro, pude darme cuenta de todo el tiempo que había pasado en nuestras vidas.

Julia había llegado con José y su pequeña hija. Carmen estaba con su novio, con quien tenía una bonita relación de dos años, pero aún no se casaban porque para ella, no había llegado el momento de hacer su mejor elección. La noticia de mi embarazo logró hacer que mis padres se quedaran todo ese tiempo en la ciudad y por primera vez en mucho tiempo, habían podido compartir con nosotros y estaban regocijados por la emoción. Hasta la señora Susana se había unido a la celebración de la buena nueva de mi embarazo y mi suegra, no paraba de llorar muy conmovida.

—Gracias a todos por haber venido a compartir esto tan maravilloso que nos está pasando a Efraín y a mí — Le dije a todos, al mismo tiempo que levantamos una copa con leche para brindar.

Sí, con leche, porque si yo no podía beber licor, entonces mis invitados tampoco. Esa había sido una manera obligada de hacer que me apoyaran por completo. Todos rieron al conocer que esa iba a ser la bebida. Por supuesto que habíamos considerado a aquellos que eran intolerantes a la lactosa y tomamos nuestra precaución para que ninguno se negara al brindis.

Esa había sido una tarde estuvo perfecta. Efraín no paraba de abrazarme y besarme, sin importar que todos nos miraran. Después de ese día, comenzamos a experimentar esa nueva etapa en nuestras vidas.

Dos meses después, la empresa de Efraín estaba enfrentando una crisis económica por la falta de insumos para la producción. Al parecer, sus mismos empleados se habían llevado toda la materia prima para venderla, sin tomar en cuenta el daño que le hacían al patrimonio.

Efraín se había alejado un poco de nuestro hogar y pasaba muchas horas en

su oficina, tratando de resolver la situación, pero eso nos mantenía alejados porque a pesar de la confianza, él me ocultaba la realidad para evitar que me preocupara más, por mi estado.

Cada vez que me comunicaba a su oficina, eran pocas las palabras que me decía y podía notar que hablaba con un nudo en su garganta. Sus fieles empleados, habían renunciado y tuvo que contratar a un nuevo personal y eso lo tenía aún más decaído y aunque no me contara, me daba cuenta de que la situación era muy grave.

En varias oportunidades, llamé a su oficina y me respondía una joven que, al parecer, se trataba de la nueva secretaria. La chica, era un poco torpe y un tanto inculta para ese cargo y no entendí los criterios de Efraín para contratarla. Un día, al ver que no me contestaba ni su secretaria, decidí ir hasta su oficina.

Apenas llegué a la recepción, me saludó con mucho cariño, la señora Ana y me dio mucha alegría saber que aún seguía en la recepción después de conocer la mala situación económica de la empresa. Después de saludarlos a todos y recibir sus bendiciones por mi enorme barriga, subí al elevador y apenas me bajé en el piso seis, pude darme cuenta de algo que me impactó.

—Buenos días ¿En qué la puedo ayudar? — Me preguntó la que al parecer era la nueva secretaria de Efraín.

Una micro falda que le hacía ver hasta las trompas de Falopio, una camisa banca, con los botones abiertos casi que, hasta su ombligo y zapatos de tacón alto, pero muy altos, esa era la descripción de la nueva secretaria. Parecía la representación viviente de una de esas muñecas de hentai que eran dibujadas en manga.

—Buenos días ¿Ayudarme? — Le pregunté, mientras pensaba que la respuesta que quería darle es que sí me podía ayudar, pero a quitarse de mi

vista — No te preocupes, yo conozco el camino — Le respondí mientras caminaba hasta la puerta de la oficina de Efraín.

La joven, se levantó muy rápidamente y se paró frente a la puerta de la oficina de Efraín y muy altanera, me advirtió que no me podía dejar entrar, porque al parecer, su jefe le había prohibido que alguien entrara y al mismo tiempo trataba de abrirse un poco más la camisa, para mostrar más de sus grandes pechos.

Yo, me sentía bastante sofocada ante la actitud impertinente de la joven. De no haber estado embarazada, creo que hubiera perdido la cordura por completo.

—Permiso, niña. Voy a pasar — Le dije. Por poco la empujé, a no ser que Efraín abrió la puerta de repente, quedando asombrado ante mi presencia.

—¡Mi vida! ¿Pero qué está pasado, Beatriz? — Gritó inmediatamente Efraín, al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo —¡Ella es mi esposa! — Le dijo a la joven.

La chica, intentó cerrarse un poco la camisa y bajarse más la falda, pero no era cuestión de hacerlo, porque realmente eran muy pequeñas de talla.

—¡Discúlpeme, señora! No sabía, pero quiere tomar algo, yo voy y se lo compro — Me dijo muy apenada.

—No te preocupes, si quieres hacerme un favor y hacértelo a ti misma, ve a tu casa a cambiarte y ponte una ropa decente para venir a trabajar — Le dije mientras la dejaba ahí parada y entraba hasta la oficina de Efraín.

—Dime la verdad, Efraín ¿Por esa joven es que estás llegando tarde a casa?

— Le dije a Efraín con mucha rabia.

Por primera vez, estaba sintiéndome celosa. Efraín nunca me había dado motivos y por primera vez, estaba dudado de su fidelidad, cosa que hasta a mí me estaba doliendo.

—¿Estás dudando de mis sentimientos hacia ti, mi vida? ¡No lo puedo creer!
— Me decía muy alarmado —Si estás así porque la secretaria no te dejó pasar, creo que debes analizar bien todo porque yo le pedí que no dejara pasar a nadie, pero si me hubieses avisado que venías a verme, yo le hubiera informado a ella, recuerda que está nueva y nunca se le dijo que mi esposa, estuviera embarazada — Me dijo con mucho resentimiento ante mi duda.

Me sentí muy apenada por ese ataque de celos que me había llevado a dudar del amor de Efraín y también algo de pena por la secretaria, debí llamarle la atención, pero no de esa manera.

—No tengo palabras, Efraín. De verdad que no me reconozco, no soy así ¡Discúlpame, por favor! Me siento sumamente apenada contigo — Le dije mientras secaba mis lágrimas.

Ya que se acercaba más el momento del nacimiento de mi hijo, estaba nuevamente sensible, pero también estaba muy consciente que había actuado mal, así que había decidido disculparme con la joven.

—Quiero que llames a la secretaria para disculparme con ella, pero no quiero que la tengas más aquí. Le quita prestigio a la empresa y si quieres reinvertir, es hora de hacer una renovación de verdad — Le dije muy respetuosamente.

—Estoy de acuerdo contigo, mi vida, pero por favor, no vuelvas a dudar de mi amor por ti ¡Estamos casados y vamos a tener a nuestro primer hijo! ¿Te das cuenta de eso? ¡Qué hombre se atrevería a dañar a una bonita familia como la nuestra, por una aventura? ¡Al menos yo, no! — Me dijo e inmediatamente, le pidió a Beatriz que entrara.

En ese momento dejé quebrar mi orgullo y le pedí una disculpa que fue sincera y una vez que ella salió de la oficina, comencé a llorar por la vergüenza.

Después de aclarar el malentendido con Efraín, noté que en su escritorio

había muchas carpetas con documentos que él revisaba con mucha cautela en ese momento, me di cuenta de la gravedad de la empresa.

Esos días, Efraín estuvo muy mal. Le entristecía saber que la herencia de su padre se estaba desmoronando ante sus ojos. No sabía cómo decirle la verdad a la señora Helena, su madre. Mi padre, al conocer el problema, decidió ayudarlo con un préstamo monetario, porque lo llegó a querer como a un hijo y de esa manera, Efraín pudo salvar la empresa que, con tanto esfuerzo, le había dejado su padre antes de fallecer.

Mi embarazo, le había tocado las fibras a mi madre. después de haber sido una figura materna, ausente en mi niñez, ahora se estaba convirtiendo en una madre y abuela muy preocupada y amorosa y yo, le agradecía cada momento que ella compartía conmigo. La señora Helena vivía muy cerca de nosotros y casi siempre venía a consentirme con sus postres deliciosos.

No cabía duda, tenía a la mejor familia a mi lado y, sobre todo, al mejor esposo y amigo que la vida me pudo haber dado.

Un año después, las cosas marchaban perfectamente. La empresa de Efraín comenzó a ser el número uno en ventas, como lo era antes en los tiempos de su padre. La situación económica mejoró y los empleados de confianza habían regresado para apoyar con la labor. La secretaria, renunció por los constantes llamados de atención que le hacía la jefa de personal y el mismo Efraín por su manera de vestirse y comportarse. Por suerte, su antigua secretaria también pudo regresar a su puesto. De esa manera, Efraín pudo regresar a mi padre el préstamo que le había hecho en un corto tiempo.

El hotel de mi padre que yo administraba tenía cada vez más reconocimiento, gracias a la experiencia de los gerentes que había contratado y por ese lado, todo marchaba muy bien.

Al mes siguiente, Efraín y yo, tuvimos un varón y le llamamos igual que su

abuelo, Leónidas, en honor al fallecido padre de él.

Nuestra familia estaba creciendo y por eso nos mudamos de casa, ya la nuestra se estaba haciendo incómoda con las travesuras del niño y compramos una gran casa en el campo. Como siempre lo habíamos soñado, ahí, pude tener los jardines llenos de gladiolas y establos llenos de caballos, que eran la gran pasión de Efraín.

Aunque estábamos muy alejados, nos íbamos de vez en cuando a la ciudad y pasábamos un rato a compartir en el mirador que se convirtió en nuestro lugar favorito y recordábamos cada día de nuestro noviazgo. Con mi cámara fotográfica, tomaba una foto diaria de nuestro hijo y disfrutaba ver su crecimiento.

En una de esas tardes, en las que me iba a cabalgar con Efraín, llegamos a un pozo de agua cristalina y como un par de enamorados, nos bajamos de los caballos y tomados de las manos, nos pusimos a caminar y recordar. Efraín, me acariciaba el cabello y con un delicado movimiento, me tomó por la cintura y quedamos frente a frente.

—Sabes que te amo, cada día más crece este amor por ti ¡Eres la mujer más hermosa que mis ojos hayan visto, Lucía! — Me dijo y al mismo tiempo, acercaba sus labios húmedos hasta los míos y con suaves movimientos, nos dimos un beso apasionado.

Al ver el hermoso paisaje alrededor del pozo, nos fuimos quitando la ropa y nos adentramos a las calmadas y cálidas aguas y ahí, como un bautizo, nos dimos el baño del amor.

Apenas llegamos a la casa, Leónidas salió corriendo a abrazarnos y aprovechando la cámara fotográfica, le pedimos a uno de los empleados que nos retratara y esa foto es la que colocamos en la entrada de la casa para quienes nos fueran a visitar, se dieran cuenta de la alegría que existía en mi

familia.

Cuando todos dormían, yo me levanté un poco inquieta, pero no había nada malo, solo quería mirar el cielo estrellado y agradecer a Dios.

¿Quién dijo que la vida era complicada? Fue lo primero que me pregunté, mientras me sentaba en el sillón. Los complicados somos nosotros que nos empeñamos en no creer en nosotros mismos, en querer algo cuando realmente no nos conviene, en querer ser felices cuando debemos serlo con nosotros mismos, en elegir lo fácil cuando lo difícil es el reto, entonces hay que saber elegir para compartir esa felicidad que hemos aprendido a construir.

En ese momento de reflexión, se levantó Efraín y me encontró sentada, al verme, me abrigó y se sentó a mi lado.

—¿Qué haces aquí a esta hora, mi vida? ¿No puedes dormir? — Me preguntó mientras me daba un beso en la mejilla.

—Vine porque quería buscar un espacio para agradecerle a Dios, mi vida. Quería ver el cielo estrellado para buscar esa conexión con su inmensidad. Y aquí, contigo lo voy a hacer — Le dije, al mismo tiempo que tomaba su mano y miraba al cielo — Gracias, mi Dios, por cada día que respiro, porque al abrir los ojos veo mis manos y mis pies, porque gracias a ti he aprendido a elegir bien cada camino y he salido airoso de cada problema y sobre todo, porque me has enseñado a saltar los obstáculos que yo misma me he puesto para lograr mis sueños — Me quedé mirando a Efraín y él me hizo señas para que lo dejara continuar a él.

—Gracias Dios, por haberme puesto en el momento perfecto en la vida de Lucía y gracias por la hermosa familia que me has ayudado a construir al lado de nuestro pequeño retoño, Leónidas — Gritó y me abrazó.

Inmediatamente nos levantamos y abrazados, nos fuimos a la cama y nos

quedamos dormidos profundamente.

Dos días después, nos enteramos de que mi hermana Carmen nos tenía una gran sorpresa y preparamos una fiesta en casa para recibir a toda la familia, como en los viejos tiempos.

Mientras todos nos actualizábamos con nuestras vidas, Carmen llegó tarde y tomada de manos con un joven que tenía cara de felicidad como ella. Todos la saludamos con mucho amor y ella nos presentó a su acompañante y cuando preguntamos por la noticia que nos iba a dar, ella levantó su mano y pudimos ver el anillo de compromiso que tenía. Salté a abrazarla por la emoción y le grité con lágrimas en los ojos.

—¡Te casas hermana, que felicidad me has dado! — Le grité mientras le daba un beso en la mejilla y lloraba a su lado por la emoción.

Todos la felicitaban, era algo difícil de creer porque mi hermana, tenía un carácter tan especial que a mucho hacía correr. Hubo un detalle que no nos habíamos percatado y era el novio de mi hermana, quien estaba parado como si fuera una de esas estatuas de museo, pero es que nadie lo había felicitado a él y lo dejamos solos. Después de darme un poco de risa por su expresión corporal, quise ser un poco amable e hice que la atención se reflejara toda en el novio.

—¡Felicidades al novio! Vengas, démosle un gran abrazo de bienvenida a Julián — Le dije mientras lo abrazaba y todos gritaban lo mismo.

La celebración familiar había resultado un éxito. A pesar de tener una corta familia, la vida me había dado la oportunidad de elegir a otros miembros para ampliarla y eso había hecho.

—Ven, mi vida, vamos al jardín, quiero decirte algo — Le dije a Efraín, mientras nos escapábamos un rato de la fiesta.

—Claro, mi vida, pero ¿qué pasa? — Me preguntó mientras caminábamos

tomados de las manos.

—La vida nos está premiando otra vez, Efraín ¡Estoy embarazada otra vez, mi vida! — Le grité mientras lo miraba para ver su reacción.

—¡Mi vida, me haces el hombre más feliz del mundo! — Me dijo, mientras me levantaba y me hacía girar.

Efraín me tomó de la mano y corrimos hasta encontrarnos con toda la familia en la fiesta. En ese momento, todos voltearon y les gritamos que nuevamente íbamos a ser padres y la emoción de ellos no se hizo esperar.

Efraín me miró y mientras todos aplaudían, gritó un ¡te amo! Que llegó hasta el cielo estrellado y sellamos ese momento con un gran beso de amor.

Mis mejores momentos fueron sin duda, mi mejor elección.